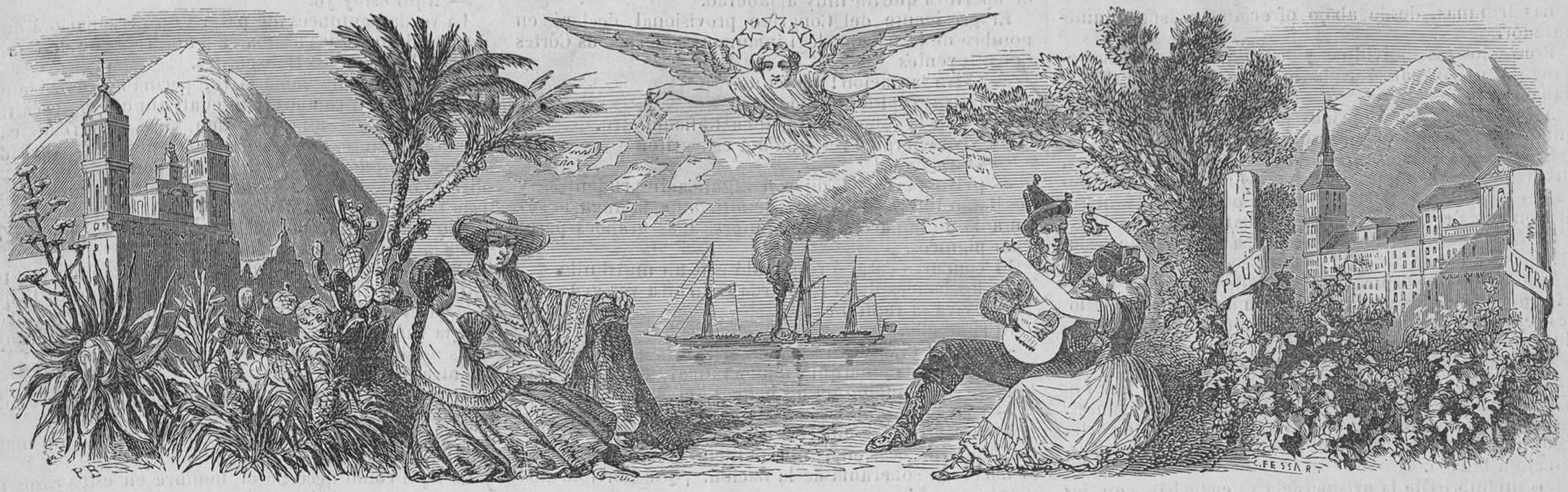
EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1869. — Tomo XXXIII.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 28. — N° 845.

SUMARIO

M. Troplong; grabado. — **Revista española**. — **Lamartine**; grabado. — **Choque del vapor « Prince Pierre » con el aviso del Estado « Latouche-Treville**; grabado. — **Revista de Paris**. — **Historia de la imprenta**. — **Misa solemne de Rossini**; grabados. — **Debe y haber, novela escrita en aleman por Gustavo Freitag**. — **Academia Imperial de Música**; grabados. — **Las fiestas del invierno en Paris: Los mártes de M. Arsène Houssaye**; grabado. — **Manuela, novela original por Eugenio Diaz**. — **Problemas de ajedrez**; grabado. — **El « Journal Officiel » en el Cuerpo legislativo**; grabado.

M. Troplong.

La muerte nos advierte cada dia que llegamos á fines del siglo, pues uno tras otro se lleva á los hombres que en su juventud ó en su niñez, vieron las postreras convulsiones del siglo XVIII.

M. Troplong, nacido en 1795 en Saint-Gaudens, pueblo del Alto Garona, ha fallecido el 1° de marzo en el palacio del Pequeño Luxemburgo, que habitaba como presidente del Senado.

Al mismo tiempo era primer presidente del Tribunal de Casacion. Puede decirse de él que si rara vez un magistrado se elevó á tan alta fortuna, pocos hombres hay que hayan tenido un punto de partida tan humilde; es un mariscal de Francia que principió por ser soldado raso.

En 1819 inauguró su vida de magistrado M. Troplong, cuando le nombraron sustituto del procurador del rey en Atenzon. Luego para ascenderle le enviaron á Córcega, esto es, á una isla que se consideraba casi como un lugar de destierro entre los funcionarios. Sin embargo, en Sartene, en el centro de esta isla, donde era procurador general, llamó la atencion de su jefe inmediato, quien le trasladó á Bastia, primero como sustituto y luego como abogado general. Ya estaba en buena via: la crisálida se hacia mariposa.

De Bastia pasó en 1829 al Tribunal real de Nancy como abogado general. Si el ascenso fué rápido, estaba justificado por una inteligencia poco comun en la ciencia del derecho. En medio de las dificultades que á cada momento surgian, por causa de las legislaciones diversas y contradictorias sobrepuestas, M. Troplong encontraba el hilo siempre. Su palabra clara, precisa, incisiva, era una antorcha que aclaraba las tinieblas de la jurisprudencia.

En 1833 M. Troplong es nombrado presidente de la sala del Tribunal de Nancy: se habia adherido francamente á las ideas de la revolucion de julio. Dos años despues fué llamado de consejero al Tribunal de Casacion. En 1846 le hicieron par de Francia.

Lejos de detener el vuelo de esta gran fortuna de magistrado, la revolucion de febrero le dió nuevo vigor. En 1848 la muerte del baron Seguier dejó vacante la primera presidencia del tribunal de Paris, que ocupó M. Troplong, y finalmente, en 1852, la retirada de Portalis le llevó á la primera presidencia del Tribunal de Casacion.

Para completar esta noticia, diremos que habiéndose adherido de los primeros al golpe de Estado de diciembre de 1851, M. Troplong perteneció al Senado desde la formacion de este alto cuerpo político que estaba bajo la presidencia del ex-rey de Westfalia, tio del emperador. M. Troplong fué vice-presidente y luego presidente, y en esta dignidad le ha arrebatado la muerte.

Los cargos públicos no impidieron á M. Troplong el escribir mucho: *Code civil expliqué*, 28 vol.; *Des privilèges et hypothèques*, 4 vol.; *Du contrat de mariage*, 4 volúmenes; *Des donations*, 4 vol., etc., etc. Aunque la doctrina de estos libros se halle en desacuerdo con los fallos del autor, preciso es reconocer que M. Troplong era uno de los mas eminentes jurisconsultos de la época.

J. B.

M. Troplong.

Revista española.

Sucesos trascendentales. — La apertura de las Córtes. — Detalles curiosos. — El carnaval. — Los loros. — Los que quieren trabajar antes y despues. — El matrimonio civil. — Los teatros. — La nueva moneda. — El espíritu público.

El mes de febrero ha sido el mes de las emociones.

Apertura de las Córtes, carnaval, una conspiracion en Barcelona que tenia por objeto hacer ricos á los pobres y pobres á los ricos, en fin, se ha pasado el mes sin sentir.

Trazaré á grandes rasgos los principales episodios que han llegado á mi conocimiento.

En primer lugar es necesario decir algo de la apertura de las Córtes, que tuvo lugar el dia 11.

Desde las primeras horas de la mañana, todo anunciaba en Madrid una solemnidad imponente y grandiosa.

Las campanas de las iglesias tocaban á vuelo.

Los habitantes de Madrid, con sus mejores galas, se dirigian á las calles por donde debia pasar el gobierno.

Los balcones, con vistosas colgaduras, se llenaban de señoras y caballeros.

Las trompetas de la milicia llamaban á los nacionales, y estos y las tropas de la guarnicion acudian á sus puestos. Las tropas formaron primero en el Prado: los milicianos en la calle de Alcalá y en la Carrera de San Gerónimo.

Todo Madrid estaba en el centro; la sangre habia afluido al corazon. Era de temer una congestion.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Pero no nos anticipemos.

A las dos en punto, despues de atravesar las calles con gran dificultad llegué al Congreso.

Despues de subir y bajar escaleras, de llamar á las puertas de las tribunas que estaban llenas de ciudadanos y ciudadanas, logré yo no sé cómo entrar en el salon de las sesiones.

Todos los ingresos estaban ocupados por sillas, á su vez ocupadas por señoras que ostentaban lujosos trajes.

Las tribunas, desde abajo ofrecian un aspecto amenazador.

Prensados los individuos y las individuas que las llenaban, amenazaban á cada instante á los que se hallaban en los escaños.

A lo mejor se veian oleadas producidas por los movimientos de incomodidad que hacian los curiosos.

El presidente de edad, que era el señor Santa Cruz, auxiliado por los diputados mas jóvenes que desempeñaban las funciones de secretarios ocupaban la mesa. El trono estaba convertido en una banqueta.

En honor de la verdad, presentaba el salon de sesiones un aspecto de los mas pintorescos.

Los lujosos uniformes, los trajes de córte, las perlas y los brillantes, las placas, todo el aparato de las sesiones régias se habia trasformado en una verdadera sociedad democrática.

El gaban y el pantalon de color, la corbata y los guantes de todos los dias, se confundian con el frac negro y la corbata blanca de algunos diputados elegantes. Las señoras llevaban en general el delicioso traje corto.

No hubo por lo tanto en el salon ningun individuo arrimado á la cola.

Los miembros de la aristocracia se codeaban con los representantes del trabajo.

A poco mas de las dos anunció el presidente que por la tarde se cantaria en la basílica de Atocha un solemne *Te Deum* en accion de gracias al Todopoderoso por haber permitido á España el triunfo completo de su soberanía, simbolizado en la reunion de las Córtes.

Esta manifestacion gustó á muchos y disgustó á unos pocos.

Consideróse en general como una protesta de catolicismo del gobierno provisional.

Pasaron de este episodio hasta la llegada del gobierno mas de tres cuartos de hora.

Este tiempo se empleó en conversaciones del tenor siguiente:

— Mire Vd., los diputados republicanos se han colocado á la izquierda.

— Esa es la montaña.

— Allí está Castelar.

— A ver... ¿quién es? preguntaba con curiosidad una jóven de diez y ocho abriles.

— Aquel del bigote.

— ¡Es guapo!

— ¡Y jóven!

— Aquel otro es Sorni.

— ¿El que está vestido de jefe de milicianos?

— El mismo.

— Tiene cara de hombre de bien.

— Y lo es.

— Ese cabello ceniciento, y el bigote le dan un aspecto respetable y simpático.

— Allí está Pi Margall.

— ¿El de la barba cana?

— Sí.

— ¿Y aquel tan venerable?

— Qué bien sienta el uniforme en el cuerpo de los republicanos.

— Y lo que noto es que todos no tienen barba.

— Mire Vd. aquel... parece catalan.

— Es Pablo Alsina, el diputado obrero.

— Tambien es jóven.

— Podrá tener unos treinta y cuatro años.

— ¡Qué facciones tan finas!

— ¿Y ese que lleva un uniforme con sombrero chambergo?

— Es García Ruiz, el director del *Pueblo*.

— En el centro está Rios Rosas.

— Ese es su sitio... mírele Vd. qué aspecto tiene... y cómo se sonrie.

— Es el leon en un momento de buen humor.

— Su figura impone.

— Allí veo á don Salustiano.

— ¿Pues no decian que se habia vuelto á Paris?

— ¡Cómo habia de dejar de asistir á la apertura de las Córtes!

— Todos aquellos que están en el centro son unionistas.

— Miren Vds. á Caballero de Rodas.

— ¡A ver, á ver!...

— ¡Es todo un militar!

— ¡Ay! yo me le habia figurado con una cara aterradora.

— Pues nada de eso... es la efigie de la serenidad mas apacible.

— ¡Cuánta cosa nueva!

— Los progresistas se colocan á la derecha.

— No me gustan tan pronto esas separaciones.

— Ni á mí tampoco, pero...

— ¡Silencio, silencio!

— El gobernador llega...

En efecto; entraron en el salon los ministros, precedidos del general Serrano.

Las tribunas saludaron con un aplauso al gobierno provisional.

Los diputados se levantaron.

Despues del gobierno entraron en el salon el ayuntamiento y la diputacion provincial.

Los individuos de la municipalidad llevaban una faja tricolor con un lazo á la izquierda.

Por un momento me figuré que tenia delante á los miembros de la Convencion de 1793.

— ¡Orden, silencio! gritó el presidente de la Cámara.

Acto continuo leyó el duque de la Torre el discurso de apertura que fué muy aplaudido.

El presidente del Congreso provisional declaró en nombre de la nacion, legítimamente abiertas las Córtes Constituyentes.

— ¡Viva la nacion! gritó uno.

— ¡Viva, repitieron todos!

— ¡Viva la soberanía nacional! añadió otro.

Un viva enérgico respondió á este grito.

— ¡Viva Prim!

— ¡Viva Serrano! dijeron algunos imprudentes, y los llamo imprudentes porque allí, ante la augusta soberanía de la nacion, los hombres mas grandes parecian pigmeos.

El concurso calló ó respondió con un murmullo.

De los bancos de la izquierda salió otra voz gritando:

— ¡Viva la república!

Allí fué ella.

— ¡Viva! dijeron muchos.

— ¡Viva la monarquía democrática! gritó con voz tonante un diputado de los bancos del centro.

— ¡Viva! respondieron millares de voces.

Y estos vivas estemporáneos, prematuros, imprudentes, pudieron ocasionar un conflicto, pudieron ahogar al nacer la soberanía de la nacion. ¡Qué horrible momento aquel!

Dios inspiró al general Serrano.

Dominando con su voz poderosa los gritos de la asamblea:

— Aquí no debe darse mas que un viva, exclamó. Señores, ¡Viva la soberanía de las Córtes Constituyentes!

Este inspirado grito salvó el conflicto, y todos se unieron en este lazo salvador.

Los cañones anunciaron á Madrid la apertura de las Córtes.

Pero no bien terminado el conflicto de dentro surgió otro fuera que pudo tener funestas consecuencias.

Cerca de la calle del Florin se oyeron algunos disparos, y varios hombres gritaron: ¡*Muera el gobierno provisional*! ¡*Mueran los milicianos*!

La gente se alarmó, los milicianos y algunos curiosos se apoderaron de los criminales que aspiraban á deshonrarnos á los ojos del mundo, y mientras los llevaban presos al Congreso corrió la voz de que los disparos habian sido salvas, con lo que se apaciguó la gente.

Las tropas y los milicianos desfilaron delante del gobierno que estaba en las gradas del palacio de la Representacion nacional.

Las sesiones han continuado y no hablo de su contenido porque ya los periódicos políticos les enterarán de estos pormenores.

El pais lo espera todo de las Córtes. Dios sabe cuál será el desenlace de este drama que nos interesa mucho como pueden Vds. figurarse.

Hablemos ahora algo de los dias en que ha reinado la careta.

El carnaval este año ha sido triste.

En Madrid esperaban los tímidos que alguna broma pesada tomara cuerpo y produjese algun desórden. Nada de eso ha pasado.

Otros temian que la caricatura humana ofendiese á personas caidas ó pusiera en ridículo sentimientos de los que mas estima el corazon de los españoles.

Nada de eso, repito, ha pasado; á pesar de vivir en una época de completa libertad, la careta no ha abusado de ella.

Faltando episodios pintorescos que contar, voy á filosofar un poco.

— ¿Me conoces?

Si esta pregunta os la hiciese con careta alguna persona amiga vuestra, acaso responderiais *no*. Y si os la hiciese sin aquel jocoso adminículo, vuestra contestacion seria de seguro *sí*.

Y sin embargo, solo habriais acertado la primera vez.

Al hombre sin careta no se le conoce nunca.

Tapadle la cara, y él mismo os dará minuciosos detalles de un individuo que en vano hubiérais buscado en su fisonomía.

Por esto el carnaval es un verdadero contrasentido. Parece que vamos de máscara, y sin embargo, nunca como en él nos quitamos la careta.

A Vds. no se les habrá ocurrido quizá que iban vestidos de máscara todo el año; pero piénsenlo bien y hallarán la exactitud de esta idea.

No hay hombre alguno, inclusos los que reniegan del carnaval y los que huyen de su bullicio, que no adopte algun disfraz para el resto de la temporada. Quién para ultrajar el honor se viste de caballero; quién con entrañas de asesino se disfraza de hombre honrado; cuál para ocultar el rubor de sus megillas se pone una careta de despreocupacion; cuál otro para hablar con el diablo busca un hábito de monge.

Quitad á cada uno sus trajes y no nos conocemos.

Esta es una verdad desnuda.

Hé aquí lo que sucede en el carnaval.

Cansados los hombres de llevar á cuestas todo el año su disfraz, le arrojan por espacio de tres dias y nadie se conoce.

El carnaval no es mas que eso: un desahogo de la humanidad, que respira tres dias quitándose la careta.

Es un breve entreacto en la eterna mascarada de los siglos.

En el mundo hay una lucha constante entre la verdad y la mentira. Durante todo el año está triunfante la segunda, que se sirve de la primera como de antifaz para que no la conozcan; pero llegan los dias de este carnaval y la verdad recobra sus derechos, se pone en el rostro por antifaz la mentira, y grita desde adentro:

— Aquí estoy yo.

La verdad entonces me parece un presidiario á quien dejan solo tres dias asomarse á una reja que da á la calle y hablar con los transeuntes.

El resto del año nadie la ve, permanece encadenado sin salir de un calabozo; lo cual, aunque parezca tiránico, es una garantía del órden, pero la verdad, campando por su respeto, seria un elemento perturbador.

Por ejemplo: estais en el café con dos sugetos; os dice uno á medias palabras que el otro es un tunante; este no lo entiende bien, y creyendo que lo que ha hablado era para todos, pregunta que qué ha dicho; decidle la verdad y se rompen el cráneo.

Os encontrais en casa de una señora amiga vuestra; allí se halla un caballero que no es su esposo; llaman á la campanilla, el caballero azorado huye y se esconde; la señora, roja de rubor, os suplica por Dios que seais mudos y os hagias los ciegos, y se va.

Entra el marido.

— ¡Cómo! pregunta. ¿No habian pasado recado? ¿No habia nadie con usted?

Decidle la verdad y habiais descompuesto un matrimonio.

Hé aquí cómo necesita el hombre en estos casos ponerse la careta de la prudencia para no perjudicaros, así como en otros necesita ponerse la careta del valor para batirse.

Añadan Vds. á estos disfraces necesarios los muchos que se buscan con la mayor espontaneidad, y llegarán ustedes á convencerse de que el hombre que ven en la calle con la cara descubierta, va sin embargo, de máscara.

Pero abandonemos la filosofía: es muy triste.

Hablemos de algo mas alegre, de los loros, por ejemplo.

Esta conversacion les gustará á ustedes.

Los loros proporcionan materia para escribir anécdotas curiosas, porque en ocasiones han estado estos animalejos sumamente inspirados. Voy á referir algunas.

Encargaron unas monjas un lorito á Buenos Aires y los marineros del buque donde se trajo á nuestra península, se entretuvieron en enseñarle todos los vocablos mas inconvenientes de cuantos se conocen en el lenguaje vulgar. El lorito aprendió bien pronto aquellas palabras, y cuando entró en el convento y se aproximaron las madres á la jaula para hacerle hablar, lanzó aquel animalito tal série de improperios y frases escandalosas, que en seguida le dieron pasaporte porque creian que estaba endemoniado. ¡Ya ven Vds. si estuvo elocuente en aquella ocasion!

Otra vez iban en un mismo buque un loro y una *lora*. Los dos eran amigos antiguos. Se habian criado juntos y se amaban con idolatría.

Todas las tardes salian de la jaula para dar un paseito por la cubierta del barco, y cuando no se encontraban, ya se ponian tristes y cariacontecidos. Pues bien, una tarde en que la *lora* habia muerto, llamó la atencion de los viajeros el acento compungido del lorito, que iba buscando á su amada por todas partes, y decia mirando á los marineros:

— ¿Dónde está la lora?

El loro habia aprendido á decir esta frase, y en aquella ocasion parecia una persona de veras.

Otra anécdota se cuenta tambien de los loritos.

Un portugués, que se trasladaba desde Madrid á Lisboa, llevó á su familia un loro que le habian regalado.

Todo el camino estuvo aquel animal diciendo:

— Lorito real, para España y no para Portugal.

El portugués le lanzaba miradas furibundas y le enseñaba los puños; pero el lorito continuó su canto sin que le importara nada el mal gesto de su amo.

Por fin, tanto llegó á repetir el loro aquella frase, y tanto se incomodó el portugués, que le dijo, sacando un estoque.

— ¿Usted no querer la union ibérica? Pues fastidiarse. Vd. irá adonde le lleven.

Por último otro chascarrillo se cuenta tambien.

En ese pais donde se crian los loritos (que deben á Colon su importacion en España, porque antes del descubrimiento del nuevo mundo, nadie sabia qué casta de pájaros eran estos) aprendieron todos los que allí hacian vida comun á decir cuantas palabras oian á los conquistadores. Pues bien, varios de estos bonitos animales decian, entre otras palabras, ladrones, bribon, pillo, etc.

Un andaluz pasaba por un camino y vió entre unas matas á uno de estos pájaros, quiso cogerlo y le echó encima la gorra que llevaba.

Al momento empezó á gritar el loro, diciendo: «ladrones, pillo... etc.

El andaluz sobrecogido y no sabiendo que hablaban, creyó otra cosa, y cogiendo la gorra, dijo al loro con la mayor cortesía:

— Usted dispense; creia que era Vd. un pájaro.

Pájaros hay tambien de cuenta por el mundo.

Como una muestra de ellos voy á bosquejar dos tipos españoles.

Los que quieren que los empleen.

¿Los conocen Vds. ahí?

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Aquí dan lugar á escenas chistosas.

Ejemplo al canto. Llega una criada á vistas.

— Yo pago bien, dicen Vds., pero quiero que me sirvan bien.

— Nada mas justo.

— Me gusta variedad en los guisos.

— Eso es muy bueno... y no se aburre una como cuando hace todos los dias lo mismo.

— En mi casa se madruga.

— A las cinco estoy yo ya de pié.

— No me gusta que dure la compra mas que media hora.

— Cuando se quiere se tarda menos.

— En cuanto á las salidas, de quince en quince dias.

— ¡Bah! trabajando se pasa el tiempo sin sentir.

— Tampoco quiero novios.

— Hace Vd. bien, los hombres nos levantan de cascos, y todo ¿para qué? para perder el tiempo cuando menos.

— Pues nada, entonces se queda Vd. en casa, y ya verá Vd. qué bien se la trata aquí.

La criada (aparte). Me gusta este amo y esta casa.

El amo (id). Parece buena esta muchacha.

Ocho dias despues... oigan Vds. á la criadita.

Habla con una amiga.

— Calla, mujer, esto es insufrible, ni que fuera una negra. A las seis ya me llaman los amos... ¡Condenados! Si tardo mas de media hora en la compra, sermon. Todo el dia me lo paso arrimada á la hornilla, y si me mira un hombre, para qué quiero mas fiesta. ¡Pues y salir!... ¡De quince en quince dias! Ni las monjas. ¡Ay! te aseguro que no me apolillaré en esa casa... así arda con los amos y todo. En cuanto pueda busco un solteron rico y viejo y me hago ama de llaves.

Pasemos ahora á otro órden de personas.

Sube Vd. á una oficina por ejemplo.

— Caballero, le dice á Vd. uno de los mil pretendientes que le salen á recibir. Soy cesante, tengo cuatro hijos (los cesantes tienen siempre muchos hijos) me muero de hambre y si Vd. me empleara... Me contento con poco, créalo Vd., y aceptaré cualquier cargo desde el primero hasta el último, escribiré y haré recados, barreré la oficina si es preciso. La necesidad obliga á todo... y luego mi gratitud... la... conque ¿qué dice usted?

— Hombre, yo francamente, mis negocios empiezan y no puedo...

— Yo no le pido á Vd. mas que un pedazo de pan, y no para mí... sino para mis hijos.

— Quiere decir, que le daré doce reales diarios, y hará Vd. de todo.

— Sí, señor, de todo... ¡ah! crea Vd. que el cielo bendecirá su bondad.

— Pues véngase Vd. mañana.

— ¿A qué hora?

— A las ocho.

— Antes, si Vd. quiere.

— No, basta.

— Es que yo soy muy puntual.

— Allá veremos.

— Y muy trabajador.

— Así lo creo; conque hasta mañana.

— Jamás olvidaré...

— Adios, adios.

Ocho dias despues va á las diez á la oficina.

— Pero hombre ¿cómo tarda Vd. tanto?

— Como ayer me fuí tarde...

— Se va Vd. tarde, porque lo deja todo para última hora.

— Es que hay mucho que hacer...

— Pues amigo, aquí es preciso trabajar.

El empleado. — ¡Vaya un tirano! Lo mismo son todos. Le explotan á uno ¿y para qué? para ganar doce miserables reales. Ni le dejan á uno estarse un rato en la cama por la mañana; si fumo cuarenta ó cincuenta cigarros, dicen que entre liarlos y encenderlos pierdo dos horas. Y luego, le mandan á uno á recados, como si fuera un cualquiera. En cuanto pueda me hago empleado del gobierno.

Estos dos tipos que acabo da describirles á Vds. sirven para probar de cuán distinto modo se ven las cosas antes y despues de conseguir lo que se desea.

Con el tiempo, entre unos y otros, existirán analogías.

Hoy todavía no; pero andando el tiempo se oirá decir á los diputados que han suplicado y han pedido votos, se oirá decir, repito, dentro de poco:

— ¡Uf! Esto es inaguantable; no sé cómo hay quien quiera ser diputado: abandona uno sus negocios, pierde la salud, no gana mas que desazones. Y todavía habrá electores que se atrevan á pedirnos responsabilidad.

La revolucion nos ha traido el matrimonio civil.

Ya sabrán Vds. lo que es esto.

Pasan ya de cincuenta las parejas civiles que se han formado.

Las escenas á que esta operacion da lugar son chistosas.

Hé aquí una.

La escena pasa en Reus.

Se trata de un caso de matrimonio civil.

Despues de las amonestaciones, que se insertan en el *Diario* ocho dias consecutivos, presentáronse al alcalde los dos novios pidiéndole que los casase, cuyo acto se verificó sin la menor dilacion. Concluido este, tuvo lugar el siguiente diálogo:

Novio. — ¿Cuánto he de satisfacer, señor alcalde, por sus honorarios?

Alcalde. — Nada.

Novio. — Permítame Vd. que le diga que no es justo que trabaje Vd. de balde, y yo quiero pagarle lo que sea.

Alcalde. — Le repito que no me ha de dar nada.

Entre confuso y contento el novio por haber salido tan bien del paso, hizo una seña á la novia para que le siguiese; pero esta no queriendo quedar mal con la autoridad, exclamó con la mayor inocencia:

— ¡Vaya! *Ya lo arreglaremos entre los dos, señor alcalde.*

Es histórico.

En Segorbe van mas allá que en Reus. Allí no solo se casan civilmente, sino que se *dispensan*.

El alcalde ha casado, hace pocos dias, con la mayor tranquilidad del mundo á dos primos hermanos.

Bien dicen, que por todas partes se va á Roma.

Como lo *civil* es aquí nuevo, hay muchos que no saben lo que significa.

La noticia del establecimiento del registro civil ha dado lugar á este diálogo:

— ¿Me quiere Vd. explicar qué es eso del registro civil?

— ¡Qué ha de ser, hombre! Consignar en libros que tendrán los ayuntamientos los actos de la vida civil de los ciudadanos; su nacimiento, su casamiento, su viudez; en una palabra: hacer lo que hoy se hace en las parroquias.

— Me quita Vd. un peso de encima; yo creia que eso del registro civil era que le iban á registrar á uno, aunque con mucha cortesía.

— Pues no séñor.

— Otra duda.

— Hable usted.

— ¿No dice Vd. que en esos libros se consignarán los actos de la vida?

— Sí.

— Y cuando se muere uno ¿cómo saca su familia la fe de muerto?

— Tambien se anotan los fallecimientos.

— Entonces, son los actos de la vida y de la muerte.

— Si, señor.

— Gracias. Se lo preguntaba, porque he sabido que obran en poder del Ayuntamiento de Madrid varias solicitudes para que establezca el mencionado registro.

Los teatros arrastran una vida muy triste.

Las empresas truenan, los espectáculos varían y á pesar de esto no dan gusto á los señores.

Falta dinero; pero ya hay pruebas del nuevo cuño para la moneda que hemos de usar.

En el anverso, y en la parte que antes ocupaba el busto del monarca, se ve una matrona que representa á España, recostada en el Pirineo, con el lema «Gobierno Provisional» y el año de su acuñacion.

En el reverso, en donde antes se ponia la cruz, hay dos columnas con las armas de Castilla, Aragon y Navarra, y una corona mural; y en la circunferencia de la moneda se ve una inscripcion que dice «Soberanía nacional.»

Tres anécdotas y concluyo.

— Pues señor, estoy desesperado, decia ayer uno.

— ¿Por qué?

— Porque no ha salido...

— ¿Su número de usted?

— No, hombre.

— ¿Pues quién habia de salir?

— Mi primo, que aspiraba á ser diputado.

— ¡Ah! pues tranquilícese Vd.; los diputados no *salen* nunca; lo que hacen es *entrar*.

Otro ejemplo de patriotismo.

— ¡Voy á pegarme un tiro!

— ¿Está Vd. desesperado?

— Sí, señor.

— ¿Por qué?

— Porque mi partido no ha triunfado en las elecciones.

— ¡Ah! ya! ¿Lo siente Vd. por sus ideas?

— No, señor, lo siento porque se han quedado en las urnas todos lo que habian prometido emplearme cuando vinieran á las Córtes.

— ¡Qué lastima!

— ¡Claro! Figúrese Vd. que son los hombres de mas porvenir del partido.

Ahí va la última.

— Don Basilio, vengo á proponer á Vd. un buen negocio.

— Veamos.

— Necesito 500 reales.

— Hasta ahora no veo negocio.

— Diré á Vd., me dará Vd. 500 rs. y le firmaré un recibo de 1,000.

— ¿A pagar cuándo?

— Cuando me empleen.

— ¿Qué es usted?

— ¿Yo? Cesante.

— Entonces, no hacemos nada: antes que los cesantes están los republicanos y los absolutistas, que ocupando por turno necesario el poder, tendrán que cumplir con sus amigos.

— ¿Y si me hiciera republicano?

— Vuélvase Vd. por ahí cuando lo sea.

Estos tres diálogos, darán una idea aproximada del espíritu del pais.

JULIO NOMBELA.

Madrid 28 de febrero de 1869.

Lamartine.

El modelo es bello, el cuadro inmenso, el lienzo pequeño y el artista mas pequeño aun, y paréceme que seria yo un poco menos indigno de tal tarea, si consiguiera reunir en torno de tan inmortal figura algunas fechas, algunos recuerdos de juventud, algunas de esas impresiones matutinas en las que el poeta se aparece á mis ojos en todo su esplendor, y en que mis sombras se iluminan con su aureola.

¿Quién se atreveria á hablar de la infancia, la adolescencia y los años juveniles de Lamartine, despues de lo que el mismo Lamartine ha dicho? ¿Quién tendria la audacia de luchar con esa prosa hechizada de las *Confidencias*, que nos declara lo que podriamos referir en un inimitable estilo de familiaridad y de poesía? Alfonso María Luis de Prat de Lamartine, nacido el 21 de octubre de 1790, se puso en 1820 en contacto con el público, dando á la Francia el primer volúmen de las *Meditaciones*, y desde luego conquistó su gloria. Los contemporáneos de aquella época se acuerdan de una lectura que fué como un preludio de aquel imcomparable triunfo. Era en el salon de madama de R..., madre de uno de los miembros principales de la Academia francesa. La señora de la casa á quien venia recomendado el jóven desconocido por una amiga de provincia, habia anunciado á sus convidados la *exhibicion* de aquellos versos, como suplicándoles que le oyeran de buen grado y sin dar señales de impaciencia. M Villemain se hallaba en aquella reunion tan distinguida. Grande fué la explosion cuando llegó el momento en que el poeta leyó con su voz armoniosa y vibrante las maravillosas estrofas del *Lago*, una de sus mas bellas inspiraciones.

M. Villemain no pudo contenerse; se lanzó hácia M. de Lamartine, y asiéndole por el cuello con un entusiasmo que parecia un arranque de ira, le dijo:

— ¿Quién sois y de dónde venis con semejantes versos?

La palabra revelacion se hallaba entonces menos en boga que en el dia; y sin embargo, si alguna vez mereció aplicarse, fué cuando se publicaron las primeras *Meditaciones*. No era un poeta que se revelaba, era la poesía. Se ha dicho que Lamartine hizo entonces por los versos lo que al nacer el siglo hizo Chateaubriand por la prosa. Yo me permitiré decir mas, y es que la prosa *poética* de los *Mártires* y de los *Natchez* ha envejecido mucho, en tanto que la poesía de las *Meditaciones* no tiene una arruga. Chateaubriand, al enriquecer la lengua francesa con ideas, y sobre todo con imágenes nuevas, ha dejado intactos á Pascal y á Bossuet, á Montesquieu y á Voltaire, y Lamartine ha envuelto en la sombra el lirismo de épocas anteriores.

El triunfo fué brillante, universal. Pero ¡cosa sorprendente, y que parece increible en 1869! en aquella época habia partidos políticos que no habrian sufrido que los poetas no tuviesen escarapela: Lamartine, de familia realista, aristócrata por su fisonomía y por su raza, dedicó varias composiciones á las celebridades monárquicas de entonces, y naturalmente estaba consagrado á la escarapela blanca. Cierto es que la llevó con una independencia caballeresca; pero esto fué bastante para que el partido liberal se mantuviese alerta. Cinco años despues, cuando se publicaron las segundas *Meditaciones*, que igualaban en mérito á las primeras, la acogida fué mas fria, el volúmen se discutió mucho, y por poco dijeron que Lamartine flaqueaba ó se repetia.

Y era que entre tanto habia surgido un poeta distinguido, poco mas ó menos de la misma edad, sin genio, sin originalidad, pero dotado de esas aptitudes secundarias que engañan á los contemporáneos, tipo del eclecticismo afortunado y aplaudido en los tiempos de crísis y de revolucion literaria. Ingenioso en el discurso en verso, heróico con los vencidos de Waterloo, lírico en Nápoles, dramático por la gracia de Mlle. Mars y de Talma, trágico con aprobacion y privilegio de Voltaire, imitador de lord Byron y de Shakspeare, sabiendo corresponder á las aspiraciones liberales sin alarmar demasiado á los conservadores, querido de los clásicos y aceptado por la juventud, Casimiro Delavigne se opuso sin mucha desventaja á Lamartine en aquellos años transitorios. La muchedumbre devoraba las *Messeniennes* y aplaudia l'*Ecole des vieillards*, en tanto que el editor de las *Meditaciones* se preguntaba si las opiniones realistas de su poeta no perjudicarian á sus intereses. Antagonismo pacífico que se manifestaba entre los dos rivales por un cambio de hermosos versos.

Tiempo feliz, que con justo motivo se ha llamado en Francia la edad de oro de la poesía moderna. Las imaginaciones estaban en flor; todas las almas vibraban al mismo diapason y añadian sus propios sueños á los sueños radiantes de los privilegiados de la Musa. Al abrir las páginas de Lamartine, Chateaubriand, lord Byron, Casimiro Delavigne, Victor Hugo y Alfredo de Vigny, se aspiraba un aire vivificante, se saboreaban con delicias todos los perfumes, todas las armonías de la primavera y de la mañana. Nadie se acordaba del calor del dia, de las tempestades de la tarde en medio de aquellos rayos y de aquel rocio. El siglo era jóven, y los hombres que brillaban en él lo eran igualmente.

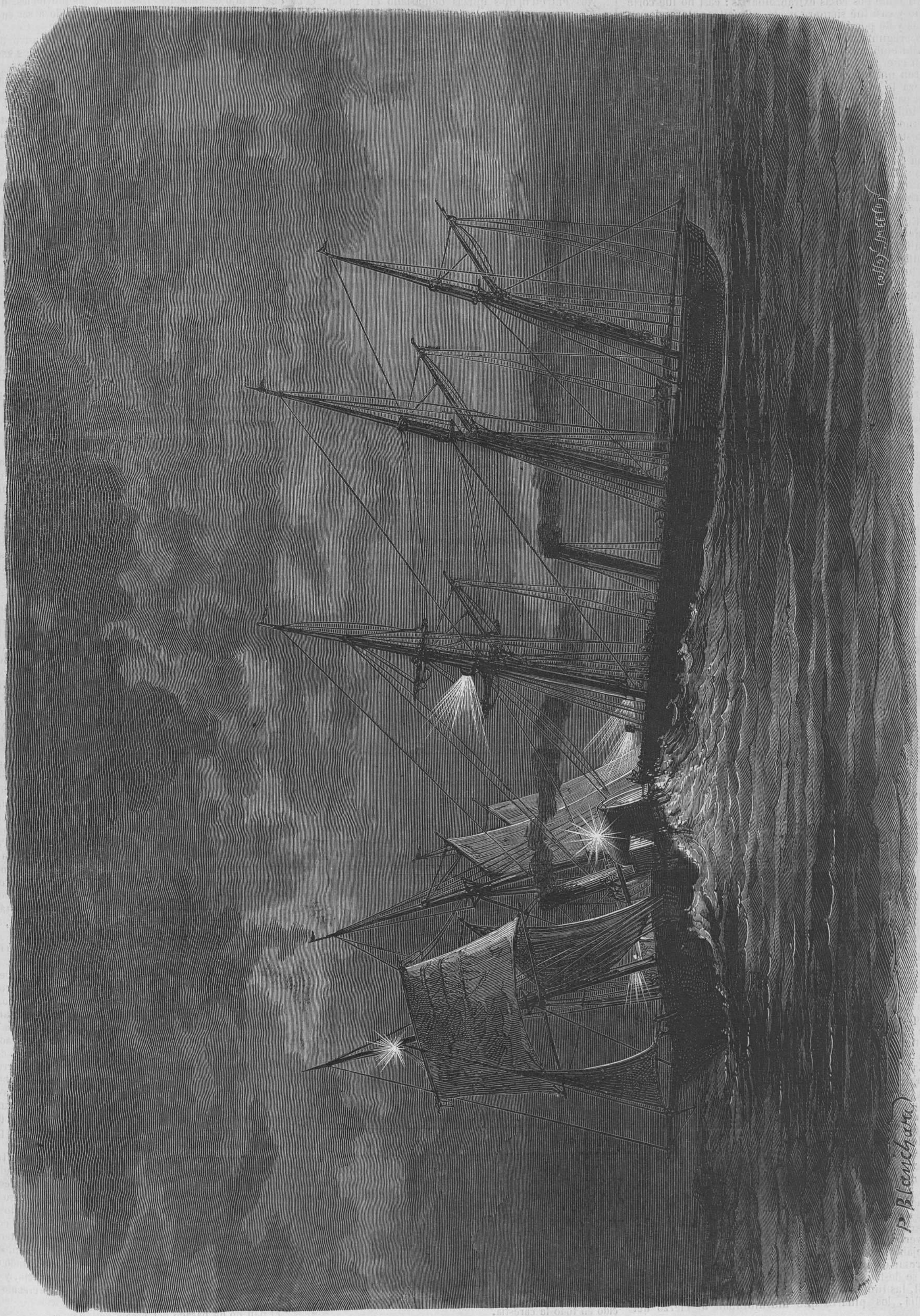
En 1825 se publicaron la *Muerte de Sócrates*, el *Canto de la consagracion* y el *Ultimo canto de la peregrinacion de Harold*, obras desiguales, y dignas, sin embargo, del nombre que las firmaba. En la primera de ellas hay un reflejo del sol de Atenas dorando los frisos del Partenon. Harold, en esa poética despedida donde se confundian el héroe de Byron y el mismo Byron, no fué infe-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

GALERIA DE CELEBRIDADES CONTEMPORANEAS

LAMARTINE

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Choque entre el aviso *Latouche-Treville* y el vapor *Prince Pierre*, en la noche del 16 de febrero de 1869.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

rior á su modelo. En el *Canto de la consagracion* hizo Lamartine dos cosas extraordinarias: casi no fué cortesano y casi fué siempre poeta. ¡Cuántos autores de cantatas y de poesías oficiales habrian debido desde entonces preguntarse su doble secreto.

Sin embargo, iban pasando años, los partidos tomaban cuerpo y se envenenaban las disidencias que retardaron un instante la popularidad de Lamartine. La nobleza le reclamaba. Decíase que estaba á las órdenes del partido del trono y del altar, sometido á la amistosa influencia de un cardenal que habia sido hombre de mundo; asegurábase que Lamartine habia hecho á la amistad del cardenal de Rohan el sacrificio de un tomo de poesías mas apasionadas que las *Meditaciones*, y de una tragedia comparable á las correctas obras de Racine Tales casos no deben poner en cuidado á nadie. Un gran poeta no se resigna largo tiempo al yugo que le rebaja ó le molesta, y el manuscrito tarde ó temprano se da á la estampa.

En medio de estas alternativas de triunfos brillantes y de pasajera impopularidad, entre el afan con que los realistas trataban de presentarle como suyo, y las desconfianzas del liberalismo que habrian causado una sorpresa colosal si hubiese podido descubrirse el porvenir del poeta, llegó el año 1830, que bajo todos conceptos fué decisivo en la vida pública de Lamartine. Acababa de ser elegido por la Academia francesa, donde tenia asiento hacia cinco años Casimiro Delavigne, gracias á sus triunfos teatrales, y estaba á punto de publicar las *Armonías poéticas* en una atmósfera encendida ya por los preludios de la revolucion. Su discurso de recepcion ofreció la particularidad de que refiriéndose á M. Daru, su antecesor, uno de los mas ilustres servidores del imperio, no hizo una sola concesion á las ideas del momento, y sin embargo, se mostró tan fiel á las mas altas nociones de libertad y dignidad humanas, que no habrian podido contradecirle sin incurrir en la tacha de servilismo. Si el latin asocia en la misma palabra (*vates*) el título de poeta y el de profeta, podian calificarse de profecías retrospectivas muchos párrafos de este discurso, sobre todo aquel en que, á propósito de la traduccion de Horacio y de la *Historia de Bretaña*, por M. Daru, Lamartine separaba lo que el espíritu de partido habia reunido, el antiguo bonapartismo y la nueva libertad; mostraba á los vendeanos en su arranque popular, mas grandes, mas heróicos, mas libres que los instrumentos de la dictadura militar, y enviaba desdeñosamente á Horacio á las predilecciones de las épocas de decadencia «en que los sofistas nos corrompen en tanto que nos encadenan.»

En este momento único en la vida de Lamartine, en vísperas de las metamórfosis revolucionarias, me complazco yo en fijar en mi mente su luminosa figura tal como me apareció en aquella sesion memorable. Tenia entonces cerca de cuarenta años, y aquella segunda juventud conservaba todo el brillo de la primera. La casaca de palmas verdes, el adorno supremo para todos los candidatos de buena voluntad, pero en realidad adorno bastante feo, no conseguia menoscabar la elegancia de su persona. Su delgadez ideal, indicada por Balzac con el seudónimo de Canalis, no habia dado todavía á las protuberancias de los huesos aquella exageracion enfermiza que entristecia nuestras miradas en sus últimos años, y antes por el contrario, completaba aquel conjunto de gracia poética y viril de que no se vió nunca tan admirable modelo. Las líneas severas de la frente sombreada por cabellos de aristocrática finura, concordaban con la pureza de su perfil griego y con la limpidez de sus ojos de un gris oscuro, en los que resplandecian las dos mayores inspiraciones del alma, la poesía y la elocuencia. Sus labios parecian cincelados en el mármol de Paros para la sonrisa olímpica ó la estrofa sibilina. Habríase dicho que sus armoniosas palabras caian de mas alto que de su boca. Su ademan de una grandiosa sencillez, su voz menos poderosa que la de Berryer, pero cariñosa y sonora, prometian un orador á los admiradores de sus versos. Con el encanto de la fisonomía y de la actitud, poseia Lamartine una expresion de gravedad natural y sin énfasis, muy característica en el hombre que ha escrito miles de páginas sin buscar jamás el dardo del sarcasmo, ni un rasgo de comedia. Todo era noble y suave en aquella perfecta imágen de la poesía viva y animada. Habíale creado la naturaleza en uno de sus dias de divina prodigalidad en que quiere que su obra no tenga ni una mancha, que el frasco de pura esencia sea digno del licor que contiene. Todas las hadas se habian reunido en torno de su cuna.

Las *Armonías* publicadas algunos dias antes de la sesion de recepcion en la Academia, marcaron en el órden poético la suprema expansion del genio, levantado y embellecido con todos los dones exteriores. Fueron como el feliz fruto de aquella rica madurez que antes del ocaso, debia sorprendernos y hechizarnos bien á menudo con el espectáculo de sus inagotables cosechas. Si en esta nueva obra no se encontraba la indescriptible frescura de las primeras poesías, en cambio su contorno era mas acentuado, el tejido mas sólido, la inspiracion mas poderosa, la forma mas ámplia y mas caracterizada. El hermoso lago medio escondido en un cerco de colinas, llevando sobre la superficie de sus tranquilas ondas, el ensueño de dos amantes embriagados, se habia convertido en un rio caudaloso, imponente y fértil que reflejaba en sus profundas aguas todo lo que merece interesar ó conmover el corazon del hombre: las cimas que se destacaban en el cielo, los aspectos de la tierra natal, las tumbas consagradas por un santo recuerdo de familia, los pinares que murmuraban al cierzo del otoño y la figura del niño arrodillado al despertarse.

Nos entretenemos quizás demasiado en hablar del poeta, y es que la revolucion se va á apoderar de él: la política se le disputará á la poesía. Al recorrer estas nuevas fases donde creció en la lucha, donde se oscureció en la tempestad, echaremos de menos á veces, al que nos hechizó en nuestra juventud, al cantor de las *Meditaciones* y de las *Armonías*; le compadeceremos á menudo, le admiraremos con mas frecuencia aun, y siempre le tendremos cariño. A. DE P.

(*Se concluirá.*)

Choque del vapor *Prince Pierre*

CON EL AVISO DEL ESTADO «LATOUCHE-TREVILLE.»

El aviso del Estado *Latouche-Treville*, que debia trasportar á Constantinopla el cuerpo de Fuad-bajá que ha fallecido en Niza, como saben ya nuestros lectores, tuvo un choque en el mar, cuando navegaba de Tolon á Niza, con el vapor *Prince Pierre* que hace el servicio entre la Córcega y el continente. Este abordaje fué terrible: el *Prince Pierre* quedó cortado de parte á parte, zozobró casi inmediatamente y perecieron ahogadas trece personas.

Las indicaciones de un testigo ocular nos permiten ofrecer aquí el cuadro de tan horrorosa catástrofe.

El siniestro tuvo lugar en la noche del 16 al 17 de febrero. El *Latouche-Treville* habia salido de Tolon á las nueve de la noche. El tiempo estaba bueno y el mar sereno, pero la oscuridad era completa. A eso de la una de la madrugada el buque acababa de doblar el cabo Camaret, y navegaba á toda prisa cuando de repente un choque le detuvo. Toda la proa habia penetrado en el flanco de un buque de vapor que se habia atravesado en su camino.

Al punto trataron de echar al agua las embarcaciones, mas entre tanto el *Prince Pierre* se iba á pique: en tres minutos habia desaparecido. Una parte de la tripulacion logró salvarse asiéndose á la proa del *Latouche-Treville*, que hasta el amanecer permaneció en el sitio, prometiéndose que podria recoger á bordo á los náufragos; pero vanamente. El 17 por la mañana el aviso volvió á Tolon con graves averías.

¿Cuáles son las causas de este accidente? el *Prince Pierre* venia de Bastia y su camino se cruzaba con el del *Latouche-Treville*; parece ser que entrambos buques llevaban las luces que marca el reglamento; pero segun se dice, sus condiciones de marcha y posicion no están marcadas claramente en los reglamentos internacionales. De aquí la falsa maniobra que produjo la catástrofe. Si fuese fundada esta explicacion, seria urgente modificar el texto de los reglamentos para impedir semejantes desastres. Esto lo dará á conocer la informacion que se ha emprendido inmediatamente.

P P.

Revista de Paris.

Paris se viste de fiesta para celebrar los primeros dias de la primavera. El domingo último, las carreras de caballos de La Marche habian distraido de las márgenes del lago del bosque de Boulogne, á una gran cantidad de aristocráticos carruajes, y con el atractivo de la suavidad de la temperatura, la poblacion de Paris habia inundado los paseos. No extrañen nuestros lectores que tan á menudo hagamos intervenir el influjo del tiempo en los acontecimientos de la vida parisiense. Una poblacion condenada, digámoslo así, á sufrir una lluvia continua, cada vez que ve el cielo despejado y el sol refulgente, se apresura á aprovechar la ocasion, y el estímulo mas insignificante toma entonces las proporciones de una gran fiesta. Y es á la verdad un espectáculo digno de admirarse el que presenta esa inmensa multitud animada y risueña, que lleva en masa una direccion única, la de los Campos Elíseos, magnífica via que conduce, por el Arco de Triunfo y la soberbia avenida de la Emperatriz, al parque encantado que se llama el bosque de Boulogne. ¡Ah! seguramente, cuando se está en presencia de las grandes obras que se han hecho en Paris en estos últimos tiempos, se comprende que se hayan gastado mas de dos mil millones de francos, segun las cuentas ajustadas al prefecto en las sesiones que acaba de celebrar el Cuerpo legislativo. Ese bosque, antes medio inculto y trasformado hoy, como decimos, en uno de los mas bellos parques que existen en Europa, esos boulevares (se cuentan por docenas) que ostentan por ambos lados un caserío monumental, cuando no son lisa y llanamente hileras de palacios, esas plazas, esos *squares*. y tantas metamórfosis como se hallan á cada paso en la capital de la Francia, excitan la admiracion de propios y extraños.

Naturalmente, todo esto cuesta millones, y en el Cuerpo legislativo se ha tratado de poner en claro si Paris es bastante rico para permitirse semejante lujo.

M. Thiers, con la elocuencia y la maliciosa finura que le distingue, ha dicho al gobierno que ha hecho en verdad un Paris muy bonito, pero que al mismo tiempo ha introducido en todo la carestía.

M. Jules Favre ha ido mas allá, poniendo en evidencia que el lujo de Paris ha arrastrado á las provincias, que la fiebre de gastar, y gastar mucho, ha venido á ser en toda Francia una enfermedad contagiosa.

Segun los cálculos del célebre orador, el pasivo de los departamentos alcanza hoy á la enorme suma de 2,250 millones de francos.

¿Y esto por qué? Porque cada ciudad, por subalterna que sea, quiere tener sus squares, sus fuentes, sus cascadas, sus monumentos suntuosos: un prefecto, añade Jules Favre, se cree un hombre eminente en cuanto ha contraido grandes deudas. En suma, la administracion de la villa de Paris adolece de un vicio, la prodigalidad, y este vicio se esparce por do quiera.

El Estado se asocia á este movimiento deplorable, continúa diciendo el orador. Desde 1853 ha recibido 28,000 millones, y sin embargo, se está viendo cuánto trabajo le cuesta equilibrar los presupuestos; y por lo que toca á las fortunas privadas, han seguido la misma pendiente que la fortuna pública.

Y luego, para dar una prueba de esta fatal inclinacion, dice que desde el establecimiento del imperio, los pródigos han aumentado en la proporcion de un 700 por 100.

Así pues, en 1852 se contaban en Francia 255 consejos judiciales impuestos á los pródigos, y hoy se cuentan 1,500.

A esto ha conducido á los franceses la prodigalidad de la villa de Paris, sin contar con que esta prodigalidad tiene por base un aumento de contribuciones, aumento que llega casi al doble de lo que se pagaba en 1852, pues si entonces se cobraba, por término medio, 48 francos por cabeza, ahora la contribucion es de 80.

El discurso de M. Jules Favre está lleno de revelaciones y de datos curiosos para la crónica.

Segun el orador, la miseria ha tomado en Paris proporciones inauditas, porque el mezquino aumento de los salarios no corresponde al que han tenido los gastos.

Citando una circular de las oficinas de beneficencia de barrio de los Gobelinos, dice que en este distrito se cuentan 15,000 indigentes inscritos, y que una muchedumbre hambrienta de 30,000 almas reclama tambien socorros. Cada casa demolida y reconstruida en otro punto de la ciudad, trae á las oficinas filantrópicas nuevas solicitudes de inscripciones.

En el barrio de Montmartre el número de indigentes inscritos ha alcanzado un progreso enorme. Hace algunos años era de 2,830, y hoy asciende á 9,258.

Estas estadísticas deplorables opone el orador á los que sostienen que se han mejorado en Paris las condiciones de la existencia, lo mismo para el pobre que para el rico.

Todos los que no cuentan con una fortuna regular, el que vive de una escasa renta, el empleado subalterno, el obrero, todos estos que no encuentran habitacion al alcance de sus recursos en las casas nuevas, tienen que refugiarse en las extremidades de la gran ciudad, donde los precios de todás las cosas van aumentando como en el centro.

Sobre esto señala las cifras de las casas demolidas, á saber: 1,161 en 1866; 2,256 en 1867; 2,325 en 1868; y por último, en 1869 el número de casas que han caido se eleva á 18,000.

Pero aun hay mas: si es verdad que en lugar de las casas demolidas se han levantado otras, no es menos cierto que estas últimas se hallan en muy distintas condiciones que las primeras. Las casas recien construidas contienen menos habitaciones que las otras, y así sucede que una multitud de personas se han quedado sin refugio.

M. Jules Favre se declara partidario del antiguo Paris, estrecho, tortuoso y oscuro, «porque las clases de la poblacion tenian mas roce, las relaciones mútuas estaban mejor establecidas, los pobres no eran víctimas del frio en el invierno y del calor en el verano. Hoy como se tiene horror á la miseria, se la ha condenado al destierro, y se está haciendo un Paris donde solo se quiere á los disipadores, á los pródigos.»

Tras esta fulminante imprecacion el orador continúa diciendo:

«Arrojado del interior de Paris por la elevacion de los alquileres, y luego de las afueras anexadas, el obrero ha buscado un asilo fuera de las fortificaciones en terrenos libres, donde se ven acampadas hordas que se acuestan en el suelo, ó en habitaciones de ladrillo, ó de tablas ó de carton embetunado: es la barbarie al lado de la civilizacion. Se ha creado una separacion entre las diversas clases de la poblacion de Paris, y esas aglomeraciones son peligrosas para la salubridad, la moralidad y la tranquilidad pública. Dícese que ya en el Paris actual se cuentan quinientas de esas *cités*, y hay que tener cuidado, porque si se acaban de gastar tantos millones para sanear el centro de Paris, ¿cuántos no se necesitarán gastar dentro de algunos años para sanear las extremidades?»

Con tales colores pinta M. Jules Favre la obra de la trasformacion de Paris, y en ciertos puntos no le contradice, sino que está de acuerdo con él el ministro del Interior, M. de Forcade la Roquette, que contesta á su discurso.

«Lo cierto es, dice el ministro, que en este punto (la turbacion causada en las habitaciones de los obreros), como sucede en todas las cosas humanas, el gobierno ha tenido que hacer un poco de mal para realizar un gran bien.»

El ministro afirma que los salarios se han aumentado una cuarta parte, no solo en Paris, sino en toda Francia, y seguidamente, considera en qué proporciones han crecido los gastos.

El pan no ha pasado del precio antiguo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

El vino conserva tambien el mismo precio, si es que no ha bajado por causa de la mayor facilidad de trasportes que hay ahora.

Unicamente se ha aumentado el valor de la carne, y esto se atribuye á que el obrero, que antes no podia comerla, consume hoy mucha.

El consumo anual es hoy en Paris de 77 kilógramos por cabeza, habiendo aumentado 5 kilógramos desde 1865.

Las verduras y las frutas llegan en masa á Paris, y entran tambien por mucho en la alimentacion de la clase obrera, y á este resultado han contribuido grandemente el establecimiento de los ferro-carriles, y tambien la trasformacion de la capital.

Un dato mas y concluimos.

El ministro dice que hay en Paris 300,000 obreros, de los cuales 70,000 ganan 3 frs.; 220,000, cuyo salario varía entre 3 frs. 25 c. y 6 frs, y unos 20,000 que cuentan con una retribucion diaria de 6 á 20 frs. Estos últimos son verdaderos artistas; y todos los obreros, sin distincion, han aprovechado, en grados diversos, de las grandes obras de la villa.

Esta elevacion de los salarios, y la creacion de sociedades de socorros mutuos entre las diferentes corporaciones obreras hacen que no sea esta clase la que tiene asaltadas las oficinas de beneficencia de Paris. En suma, á juicio del ministro, muchas ciudades, y de las mas importantes del mundo, aceptarian gustosas los inconvenientes que se critican por las grandes ventajas que los acompañan y que están palpables á los ojos de todos.

A propósito de filantropía, no hace mucho tiempo hablábamos á nuestros lectores del refinamiento inusitado que se viene observando en las mesas parisienses, donde ya no se contentan con servir manjares conocidos, sino que se sacan rarezas exóticas como la carne de oso y los nidos de golondrinas, ó nuevos productos de la imaginacion culinaria de los maestros franceses, como la confitura de esmeraldas, que sea dicho entre paréntesis, va cobrando bastante nombradía. Ahora bien, mientras se saborean en las mesas aristocráticas estos platos nunca vistos, hay filántropos que se dedican á vulgarizar una carne que ha repugnado siempre, y cuyo consumo no hace prosélitos á pesar de los esfuerzos de sus ardientes propagandistas.

Nuestros lectores habrán adivinado quizás que nos referimos á la carne del caballo, uno de los animales mas nobles de la creacion y mas útiles para el hombre. Cerca de Paris, en el pueblecillo de Boulogne, se ha abierto una carnicería de caballo que, segun dicen los anuncios, está llamada á prestar grandes servicios á la alimentacion pública, y con el fin de inaugurar solemnemente este acontecimiento, ha habido un banquete de cien cubiertos, organizado bajo la presidencia del sub-prefecto, y al que asistian distintas notabilidades parisienses.

La lista de los platos comprendia todos estos capítulos:

Sopa de fideos, hecha con caldo de carne de caballo.

Salchichon de caballo.

Cuarto trasero de caballo, con salsa de tomate.

Solomillo de caballo, salsa maguera; lenguas de caballo con salsa á la italiana; riñones de caballo trufados; pasteelillos de caballo con gelatina.

El asado era tambien de la misma carne.

Luego habia verduras, platos de dulce y postres, como en todas las comidas de lujo, vinos escogidos, café y licores, y todo ello no salia á mas de cinco francos y medio por cabeza.

¿Se quiere una prueba mas concluyente de lo barata que seria la manutencion del hombre si se resolviera á comer aquella carne?

Generalmente hablando, los manjares parecieron exquisitos, dice M. A. de Lavalette, que da cuenta en el periódico *la France* de este festin, que sea dicho con perdon de los entusiastas, no seduce á todos los paladares; y añade que la satisfaccion estaba pintada en todos los semblantes, aunque confiesa que la preocupacion del vulgo domina todavia algun tanto la situacion, principalmente en las clases obreras.

Sin embargo, al articulista en cuestion le parece que era verdaderamente deplorable dejar perder un alimento tan precioso.

En Paris el consumo se eleva ya á mas de 20,000 kilógramos por semana, y la carne de caballo se vende en veinte y cinco puntos. El consumo de las provincias pasa de 25,000 y cada dia se abren nuevas carnicerías en distintas ciudades. El comité de Paris ha dado el impulso, y por toda Francia se forman otros que secundan los esfuerzos con una energía que pronostica los mas brillantes resultados.

Adelante pues, ya que tan felices se las prometen los filántropos; lo único que desearíamos por nuestra parte es que se hiciera siempre la distincion, y que en las carnicerías no hubiera aquello de los posaderos que dan gato por liebre.

Vamos á los teatros.

Por fin en el de la Grande Opera hemos asistido á la representacion del *Fausto* de Gounod, tan anunciada, y que á falta de novedades inéditas ha merecido todos los honores que se prodigan en este teatro á las obras que en él se estrenan.

Afortunadamente para el compositor, y sin duda tambien para la empresa, la reputacion del *Fausto* está hecha ya, no solamente en Francia, sino en todo el mundo, pues traducida al italiano, forma hoy dia parte del repertorio corriente de las compañías italianas.

Por esta razon no nos ocuparemos del argumento ni del trabajo del compositor, no obstante lo mucho que habria que decir sobre el cuadro exíguo á que ha reducido Gounod la obra inmensa de Gœthe, limitándola á los amores de Margarita, que son, como si dijéramos, un episodio en la accion general, y de los menos impregnados del espíritu filosófico del drama.

Sea como quiera, la obra está juzgada ya y favorablemente, y ahora lo que importa consignar aquí es el resultado que ha tenido en su traslacion á la Grande Opera.

Desde luego diremos que excepto un baile, que siempre es de rigor en este teatro, la obra de Gounod se ejecuta tal cual se representaba en el Lírico, menos las escenas de prosa, que se han convertido en recitados. Así sucede que no parece hallarse en su terreno; las melodías cortas y ligeramente trabajadas que tanto efecto producian en un escenario de mas modestas proporciones, aquí se pierden las mas veces entre la formidable voz de la orquesta y en medio del vasto campo de la Opera.

Despues en el desempeño tampoco se ha ganado: la Miolan está muy presente en el recuerdo de todos, y la Nilsson que la reemplaza, parece haber comprendido el papel de Margarita como el de Ofelia en *Hamlet*, siendo esencialmente opuesto; la creacion de Shakespeare es una visionaria en amor que en un delirio poético se cubre de flores y se da la muerte, en tanto que la de Gœthe ama con pasion y muere desesperada.

En ningun período de la vida de Margarita la Nilsson acierta á interpretar los sentimientos de esta cándida heroina de Gœthe, víctima del escepticismo de su amante, ni cuando inocente y casta todavía, se pregunta hilando en su jardin, quién será el jóven que la persigue; ni en el duo de la seduccion, ni en la iglesia, ni por último, en las horribles convulsiones de la agonía. Siempre es la misma frialdad monótona, la misma ausencia de emocion; siempre es la Ofelia de la orilla del lago, medio entregada ya á su sueño eterno.

Diríase que el tenor Colin en el papel de Fausto se halla dominado por el influjo de esta perniciosa influencia, y así sucede que no hay nada mas fúnebre que los amores de este sabio filósofo, rejuvenecido, sin embargo, por arte del diablo, para amar y ser correspondido.

Afortunadamente nos queda Mefistófeles, que Faure interpreta con su grande inteligencia artística. En el terceto del desafío está admirable, y de toda la parte mímica de su papel ha hecho una creacion verdaderamente nueva.

Tambien debemos elogiar sin reserva alguna la orquesta y los coros, que sobre todo en el de los soldados producen efectos sorprendentes: en cuanto á trajes y decoraciones, no desmerecen de lo que se ha visto hasta hoy en la Opera, y es cuanto podemos decir en su alabanza.

No nos queda espacio para hablar de otra gran solemnidad musical que hemos tenido en los Italianos, la ejecucion de la misa inédita de Rossini; lo haremos en el número próximo, y entre tanto damos en este una de las piezas mas aplaudidas de esta obra magistral, *O Salutaris*, solo cantado por la incomparable Alboni.

MARIANO URRABIETA.

Historia de la imprenta,

POR A. BERGNES.

(Continuacion.—Véase el N° 843.)

Los judíos se dedicaban al ejercicio de copistas, y sobresalian extraordinariamente en la formacion de hermosos y simétricos caracteres, pero limitaban su trabajo á sacar copias del Antiguo Testamento y de libros de su propia religion. En algunos manuscritos hebreos que escribieron aquellos, están trazadas las letras con tanta igualdad que parecen impresas; aun en el dia, como dice M. Butler, los que no hayan visto los rollos que usan en las sinagogas, no pueden tener idea de la exquisita belleza, correccion é igualdad de estos manuscritos.

Los antiguos escribian por lo general sobre una sola cara del pergamino ó papel, juntando los pliegos á medida que los iban despachando, hasta que toda la obra quedaba concluida. Enrollábase en seguida el manuscrito en un cilindro, y se denominaba volúmen; así los quince libros de las Metamórfosis de Ovidio, componian otros tantos volúmenes. Formado este, se le ponia en la parte exterior una bola de madera, hueso, marfil, etc., por via de adorno y seguridad; este es el modo mas antiguo de encuadernar libros, si así puede llamarse, y continuó en práctica mucho tiempo despues de la muerte de Augusto.

Dicen que uno de los reyes de Pérgamo inventó el dar á los libros la forma en el dia usada, y es cierto que Julio César acostumbraba doblar y colocar como las hojas de nuestros libros las cartas que dirigia al Senado. Antes de su tiempo las cartas que escribian los cónsules á esta suprema corporacion estaban enrolladas formando volúmen. Las cubiertas de los libros que estaban de venta eran de pellejo, alisado á fuerza de piedra pomez. Habia en Roma una calle particular ó mas bien parte de una calle, habitada exclusivamente por libreros.

En la edad media los monges eran casi los únicos que se dedicaban á encuadernar los obras, pero habia tambien algunos encuadernadores por oficio, llamados ligatores, y otros que solo se empleaban en vender cubiertas. El modo mas comun de encuadernar consistia en colocar el escrito entre dos tablillas de madera, forradas de badana blanca que á veces caia sobre las hojas, aseguradas las cubiertas por medio de una cruz de metal.

El encuadernar y abrochar los libros formaba parte de la obligacion de las sacristías. Existe una curiosa cédula de Carlomagno, dada en 790 á favor de los abades y monges de Sithin, por la cual les concede aquel monarca el privilegio de cazar en los contornos del monasterio, bajo la precisa condicion que inviertan las pieles de los venados que maten, en hacer guantes y sínguios para la comunidad, y cubiertas para los libros del convento.

Tenemos muy poca noticia acerca de los libreros durante la primera época de los siglos oscuros. Es probable que por muchos siglos no habria otro medio de hacerse de una obra qne el de pedirla prestada, y encargar su copia á un escribiente. Sabemos, sin embargo, que algunas veces se vendian libros, así como otros artículos, en los pórticos de las iglesias, en cuyo paraje se celebraban tambien reuniones judiciales, y se hacian los pagos de dinero, para que, si fuese necesario, hubiera testigos que presenciasen la entrega.

Esta costumbre parece que se adoptó por la que prevalecia entre los griegos y romanos de celebrar iguales reuniones en los pórticos de sus templos, para la venta de bienes y celebracion de contratos. Tambien el uso que habia en Inglaterra, segun Shakspeare, de tener las escuelas parroquiales en los pórticos de las iglesias ó en una de las habitaciones superiores, puede trazarse á la misma costumbre de hallarse establecidas varias escuelas públicas entre los romanos y griegos, en los pórticos de sus templos, en donde se educaban hasta los hijos de las familias mas distinguidas.

Dice M. Hallam que se empezaron á formar establecimientos para la venta de libros, á últimos del siglo XII y cita á Pedro de Blois, el cual refiere que compró una obra de leyes á un vendedor público de libros.

Los judíos que habitaban en España en aquella época eran muy amantes de la literatura. Leon Africano hace mencion de cierto filósofo judío, de Córdoba, que habiéndose enamorado se volvió poeta; y añade que se vendian públicamente sus versos en una de las calles de aquella ciudad, llamada calle de los Libreros. Floreció este poeta hácia los años de 1220. Los autores griegos y romanos adoptaron una costumbre algo singular para que sus obras tuviesen buena venta, ó mas bien para preparar el buen éxito de ellas despues que hubiesen llegado á manos de los libreros.

Nos dicen Teofrasto, Juvenal, Tácito y Plinio, que el autor que pretendia dar publicidad á sus escritos, alquilaba una casa y amueblaba una de sus habitaciones, con bancos, convidando á todo el que se hallase en disposicion de asistir á la lectura de su obra, lo que se hacia generalmente en presencia de un numeroso concurso, al cual repartia el autor un sinnúmero de prolegómenos ó prospectos. Giraldo Cambrensis se valió de este medio en los siglos oscuros, para dar publicidad á sus obras.

Habiendo dado una sucinta relacion del modo con que se aumentó el número de manuscritos en las ciudades y monasterios, pasaremos en seguida á referir algunas de las causas que originaron su pérdida ó destruccion.

Ya hemos visto cómo volvieron á propagarse las letras, con la proteccion que hallaron en varias ciudades y monasterios, pero una de las causas que motivaron de nuevo su destruccion, ni aun respetó para llevarla á cabo, el sagrado recinto en donde se acogieron. El excesivo precio del pergamino en todos tiempos, y su firme y correoso tejido, facilitaba el borrar las materias escritas en él, para sustituirlas con otras.

Se supone que los romanos solo lo verificarian cuando contuviesen aquellas algun manuscrito de poca entidad. Denominábanse *palimpsesti*, los pergaminos así borrados, y hallamos que Ciceron anticipaba ya los perjuicios que acarrearia en lo sucesivo esta invencion á la literatura, pues en respuesta á una carta de su amigo Trebacio, que le habia escrito en un palimpsesto, el grande orador despues de alabar su economía y de expresar su admiracion de que hubiese aquel borrado un escrito cualquiera para formar su carta, añade chistosamente: *A no ser que fueran los apuntes de tus discursos forenses, que entonces la pérdida no seria de mucha importancia, pues no puedo creer que borrases mis cartas para sustituirlas con las tuyas.* Esta práctica llegó á generalizarse de tal modo durante el siglo medio, que produjo los resultados mas funestos para la literatura, y muchas veces se destruian los manuscritos del mayor mérito para escribir necedades ú obras de poco valor.

Llegó á tal extremo este abuso, que los emperadores de Alemania en las patentes de nobleza que concedian á sus vasallos, insertaban la cláusula siguiente: « Bajo la condicion de que no habeis de usar para vuestros escritos el pergamino viejo ó borrado, sino aquel que sea completamente nuevo. » Por lo comun se contentaban con raspar el pergamino; pero algunos inventaron un método de borrar lo escrito, valiéndose de una operacion química, y otras veces pelaban la capa superior del pergamino.

(*Se continuará.*)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

MISA SOLEMNE DE ROSSINI

Ejecutada por primera vez en el Teatro Imperial Italiano

O SALUTARIS, SOLO CANTADO POR LA ALBONI

PIANO.

Andante mosso

pp

O sa_lu_ta_ris hos_ti_a Quae coe_li pan_dis os_ti_um O sa_lu_ta_ris

hos_ti_a quae coe_li pan_dis os_ti_li_um quae coe_li pan_dis quae coe_li pan_

_dis os_ti_li_um. Animando un Pochino. Bel_la pre_munt hos_ti_li_a Bel_la

pre_munt hos_ti_li_a da_ro_bur fer au_xi_li_um da_ro_bur fer au_xi_li_um da_ro_bur

fer au_xi_li_um da_ro_bur fer au_xi_li_um Ritardando al primo Tempo.

O sa_lu_ta_ris hos_ti_a quae coe_li pan_dis os_ti_li_um O sa_lu_

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ta - ris hos - ti - a quae cœ - li pan - dis os - ti - li - um Bel - la pre - munt

pre - munt pre - munt pre - munt os - ti - li - a da ro - bur da

ro - bur da ro - bur fer au - xi - li - um da ro - bur fer au - xi - li - um da ro - - bur fer

- au - xi - li - um Bel - la premunt hos - ti - li - a Bel - la premunt hos - ti - li - a

Bel - la premunt hos - ti - li - a Da ro - bur da ro - bur

da ro - bur fer au - xi - li - um da ro - bur fer au - xi - li - um da ro - - bur fer

Adagio 1º tempo.

— au - xi - li - um A - men A - men.

Debe y haber.

NOVELA ESCRITA EN ALEMAN

POR GUSTAVO FREITAG.

(Continuacion.)

— No me interrumpais, contestó Itzig conteniéndose á duras penas. Es necesario que á favor de la oscuridad seais trasportado á algunas leguas de la ciudad, hasta una estacion intermedia. Yo no puedo alquilar un coche para vos, esto llamaria la atencion y os descubriria, y en el estado en que os encontrais, vuestra debilidad es demasiado grande para andar el trayecto á pié. Es necesario que yo busque una ocasion oportuna para haceros salir de la ciudad. Entre tanto, yo os conduciré á otra parte, donde la policía no sospeche ni aun que yo mismo voy, porque temo que vengan á buscaros á mi casa. Si no volveis á la vuestra, tal vez os buscarán durante la noche. Quiero ver de proporcionaros un carruaje y un sitio seguro donde podais ocultaros. Mientras aguardais mi vuelta, permaneced en el aposento del fondo.

Abrió la puerta. Hippus entró en él como una ardilla perseguida. Veitel quiso cerrar la puerta detrás de él, pero el anciano, irritado, se colocó entre la puerta y el quicio, y gritó lleno de rabia:

— Yo no quiero quedarme á oscuras como una rata; déjame una luz, Satanás, dijo gritando con fuerza, quiero luz.

— Desde abajo se verá que hay luz en el aposento, y esto puede descubriros.

— Yo no quiero permanecer en las tinieblas, gritó de nuevo Hippus.

Al partir, Veitel tomó la lámpara y la llevó al segundo aposento; en seguida cerró la puerta y se lanzó á la calle.

Se acercó con precaucion á la casa de Lœbel Pinkus. Todo respiraba en ella tranquilidad; desde el vestíbulo miró por la ventanilla del postigo á la taberna, donde Pinkus y algunos parroquianos estaban sentados con toda la tranquilidad de una conciencia libre de remordimientos.

Subió al cuarto que habia ocupado en otro tiempo, sacó de un escondrijo algunas llaves viejas y enmohecidas, entró con circunspeccion en la sala donde dormian los viajeros, y vió con gran placer que estaba vacía y á oscuras. Corrió á la galería, se detuvo en ella un instante y miró las movedizas masas de niebla y las sombrías aguas. La ocasion era favorable, y era necesario no desperdiciarla, porque una corriente de aire irregular pasaba por encima del agua; se advertia ya una grande agitacion en el cielo cubierto con las sombras de la noche; las sombrías nubes se abrian al pasar por encima del rio; en poco tiempo el viento iba tambien á despejar la oscuridad que reinaba en él, á hacer salir los contornos de las casas, y á restituir la claridad á los faroles que brillaban en la esquina de la calle como puntos encarnados.

Itzig corrió al extremo de la galería y metió una llave en la cerradura de la puerta que ocultaba la escalera que conducia al rio. La puerta se abrió chillando sobre sus goznes; bajó hasta el borde y examinó la profundidad del agua. Esta murmuraba sordamente é iba á estrellarse con impetuosidad contra los últimos escalones. El paso practicable casi todo el año á lo largo de las casas, estaba inundado en este momento. Pero no debian darse mas que algunos pasos en el agua para llegar desde esta escalera á la de la casa inmediata. Veitel miró fijamente el rio y metió su pié en el agua fria como el hielo, tanteando hasta dónde seria necesario bajar para encontrar fondo. Tal era su solicitud por el anciano Hippus, que no se guardó del frio, y lo que es mas, no lo sintió. El agua le llegaba á la rodilla. Dirigió todavía una mirada á los edificios vecinos, no viendo á su derredor mas que tinieblas, vapores y un silencio sepulcral. El agua y el viento murmuraban de un modo lastimero.

Entre tanto Hippus procuraba orientarse y revolver la habitacion donde estaba encerrado. Despues de haber lanzado contra Veitel horribles imprecaciones, ocupó su atribulado espíritu en examinar este aposento. De repente, aprovechando la ocasion, se acercó á un armario, dió la vuelta á la llave, y buscó algun líquido que pudiera refrigerarle y refrescar su lengua que tenia pegada al paladar. Encontró una botella de ron, llenó un gran vaso que servia para cerveza, y lo apuró casi de un tiron, á pesar de la fortaleza del licor. Un sudor frio bañó en seguida la frente del desventurado; sacó del bolsillo los restos de un pañuelo y se enjugó el rostro; luego con vacilante paso y con una creciente seguridad, se paseó á lo largo y á lo ancho de la habitacion prorumpiendo en exclamaciones.

— Es un villano, un cobarde y miserable poltron, un avaro traficante: si yo quisiera venderle un pañuelo viejo, lo compraria; eso está en la masa de la sangre, es un ser despreciable; ¡y quiere insultarme, alojarme en la cárcel, mientras él se quedará sentado en su canapé, con una botella de ron al lado! ¡El tunante!

A estas palabras, cogió la botella vacía y la arrojó enfurecido contra el sofá; la botella voló hecha pedazos contra la madera del respaldo.

— ¿Qué era? continuó Hippus con creciente cólera. Un miserable traficantillo. Gracias á mí ha llegado á la posicion en que ahora se encuentra; yo le he enseñado á silbar á ese tonto. Pues es necesario que baile cuando yo silbe; no es bueno mas que como reclamo para atraer los pájaros. Pero yo soy el pajarero. Yo soy tu chuchero, vil bribon.

Entonces intentó cantar.

— ¡Alegría, alegría! regocijémonos.

Levantó las piernas y quiso hacer piruetas. Un sudor frio bañaba todavía su frente, sacó de nuevo el trapo, se enjugó el rostro y volvió con cuidado al bolsillo aquel harapo.

— No volverá, dijo de repente. Me deja aquí encerrado para que me encuentren.

Corrió á la puerta y la sacudió fuertemente.

— ¡Me ha encerrado; un judío me tiene bajo llave! gritó Hippus lastimeramente, y se retorció las manos. Estoy condenado á morir de hambre y de sed en este encierro. ¡Oh, oh! ha obrado mal conmigo, y se ha conducido como un miserable con su bienhechor; es un hijo ingrato y pervertido, es un malvado; y se puso á sollozar. Yo le he cuidado cuando ha estado enfermo; yo le he enseñado toda clase de trampas, yo le he hecho hombre, ¡y de esta manera recompensa á su anciano amigo!

El pobre abogado lloraba amargamente retorciéndose las manos. De repente se detuvo enfrente del espejo donde daba la luz. Lleno de espanto, miró la figura que reflejaba en el espejo. Su mirada fué cada vez mas furiosa, y el fuego de sus ojos cada vez mayor. Del espejo sus ojos pasaron al marco, enderezó sus desarreglados anteojos y movió la cabeza mientras le examinaba. Le parecia que aquel espejo no le era desconocido. ¿La casualidad habia llevado un mueble que le habia pertenecido en su antigua opulencia á la prendería secreta de Pinkus, y de allí á la casa de Itzig, ó tal vez el bebedor se veia engañado por la semejanza? Lo cierto es que el recuerdo de su desgracia le hizo enfurecer.

— ¡Es mi espejo, gritó fuertemente, es mi propio espejo el que el bribon tiene en su aposento!

Revolviéndose como un loco, en su furiosa demencia cogió una silla y la arrojó de piés contra el espejo. Roto en mil pedazos, cayó al suelo; pero difunto de taberna, Hippus arrojaba siempre la silla contra el marco gritando sin cesar:

— ¡Ese espejo estaba en otro tiempo en mi habitacion; el bribon me lo ha robado, me ha quitado mis bienes! ¡Que el diablo le lleve!

En este momento Veitel entró precipitadamente. Habia oido desde la antecámara un ruido espantoso, y esperaba algun horrible suceso. Cuando el abogado vió entrar á Veitel, se lanzó sobre él teniendo la silla levantada y gritando:

— ¡Tú me has hundido en la miseria, tú me la pagarás!

Al mismo tiempo dirigió un silletazo á la cabeza de Itzig. Este cogió la silla, la arrojó á un lado, y sujetó al anciano con una fuerza irresistible. Hippus, defendiéndose contra Itzig como un gato furioso, llamó toda clase de maldiciones sobre la cabeza de su verdugo, que le impelió con fuerza á una esquina del sofá, y le dijo por lo bajo teniéndole fuertemente cogido:

— ¡Viejo insensato, si no callas, tus dias han acabado!

Hippus vió en los ojos de Itzig, fijos en los suyos, que debia esperar por parte de su antiguo discípulo irritado toda clase de malos tratamientos. De pronto le abandonó su furor; fatigado, se humilló y gimió en voz baja temblando con todo su cuerpo:

— ¡Quiere matarme!

— No, loco borracho, si permaneceis tranquilo. ¿Qué diablo os impele á saquear mi aposento?

— Quiere matarme, dijo gimiendo el anciano, porque he vuelto á encontrar mi espejo.

— Estais loco, gritó Veitel sacudiéndole; reunid vuestras fuerzas, no podeis quedaros aquí. Es indispensable que partais. Tengo un escondrijo para vos.

— Yo no iré allá contigo, dijo el anciano sin dejar de gemir, tú quieres asesinarme.

Veitel pronunció un terrible juramento, tomó el raido sombrero de Hippus, se lo hundió en la cabeza, cogió al viejo por la nuca y dijo:

— Es necesario que me sigais, ó no respondo de vuestra vida. La policía vendrá á buscaros aquí para prenderos si os deteneis un instante. Venid, ó de lo contrario me obligareis á haceros daño.

Las fuerzas del anciano estaban agotadas. Se bamboleó; Veitel le cogió por debajo del brazo y arrastró al desgraciado que no oponia ninguna resistencia. Despues de haberle sacado fuera de la habitacion, le hizo bajar la escalera, acechando con ansiedad si veia pasar alguna persona. Todo estaba tranquilo. El abogado recobró un poco los sentidos á la impresion del aire libre, y Veitel le dijo muy bajo al oido:

— Estad tranquilo, seguidme, voy á salvaros.

— Quiere salvarme, murmuró maquinalmente el abogado, y avanzó corriendo al lado de Itzig.

Cuando llegaron cerca de la posada, Veitel anduvo con mayor precaucion, condujo á su compañero al sombrío vestíbulo, y dijo muy bajo:

— Coged mi mano y subid despacito conmigo la escalera.

Entraron en esta disposicion en la gran sala, que encontraron todavía vacía como estaba antes. Veitel se sintió libre de un gran peso.

— Al lado de la casa hay un escondrijo donde es necesario entrar.

— Es necesario entrar en él, repitió el anciano.

— Seguidme, gritó Veitel, y condujo al abogado á la galería, y de allí abajo de la encubierta escalera.

El anciano bajó los escalones bamboleándose y se asió al vestido de su guia, que casi se veia obligado á llevarle. De esta manera, y bajando uno tras otro los escalones, llegaron hasta el último, por encima del cual corria el agua del torrente. Veitel iba delante y se metió en el agua hasta la rodilla, esforzándose por arrastrar en pos de sí al anciano.

Hippus sintió que el agua le mojaba los piés, se detuvo y gritó:

— ¡Aquí hay agua!

— Silencio, murmuró Veitel encolerizado. No digais una palabra.

— ¡Aquí hay agua! gritó nuevamente el anciano. ¡Socorro! quiere asesinarme.

Veitel cogió á Hippus y le puso la mano en la boca para ahogar sus gritos; pero el temor á la muerte habia reanimado las fuerzas del abogado; levantó el pié, subió un escalon y se asió con todas sus fuerzas á la balaustrada gritando:

— ¡Socorro!

— ¡Miserable loco! murmuró Veitel, que estaba furioso por aquella obstinada resistencia, y de un puñetazo le hundió á Hippus su viejo sombrero hasta la garganta, le cogió con todas sus fuerzas por la corbata y le precipitó en el rio. El agua saltó, se oyó la caida de un cuerpo y un sordo hervor... Luego quedó todo en silencio.

En medio del trasparente velo de color gris plomizo que flotaba por encima del rio, se apercibió todavía una masa sombría arrastrada por las aguas, la cual al poco rato habia desaparecido. Las fantásticas sombras de la niebla la cubrieron, y las ondas pasaron por encima. El agua se estrelló con plañidero murmullo contra los postes y los escalones de la escalera fatal, y el aire de la noche dejó oir su monótono silbido.

El asesino permaneció algunos instantes inmóvil rodeado de tinieblas, apoyado en las estacas; luego subió lentamente tentándose los vestidos para ver hasta dónde llegaba la humedad. Pensó secarlos aquella misma noche al lado del fuego de su estufa, que vió encendido sentándose él á su inmediacion vistiendo bata, como lo hacia habitualmente cuando pensaba en sus negocios. Si en alguna circunstancia de su vida disfrutaba de un reposo agradable, era en los momentos en que fatigado de las caminatas y de las inquietudes del dia, ponia leña en la estufa y se calentaba hasta que sus ojos se cerraban involuntariamente. Sentia hoy todavía todo el peso de los acontecimientos del dia, y le hubiera hecho mucho bien dormirse al lado de una buena lumbre. Permaneció algun tiempo desvariando sin estar despierto, ni enteramente entregado al sueño. Sentia interiormente una especie de sorda agitacion, un dolor que le impedia respirar y que le oprimia el pecho como con unas abrazaderas de hierro. Pensó entonces en la masa humana que acababa de arrojar al agua; la veia hundirse en la corriente, oia el murmullo de las olas y recordaba el sombrero que habia hundido en la cabeza de Hippus, porque era el último objeto que se le habia presentado, y habia pegado en él por su extraña figura. Veia distintamente el raido sombrero, con las alas medio arrancadas, y dos grandes manchas de aceite en la copa. Era un sombrero horrible. Pensando en él, se apercibió de que contra su voluntad podia tal vez sonreirse. Sin embargo, no perdió su gravedad. Mientras su espíritu medio embotado revoloteaba al rededor de la herida que le molestaba interiormente, habia vuelto á subir.

Cuando entornó la puerta de la escalera, dirigió todavía una mirada al sombrío pasadizo por el cual pocos momentos antes habian bajado dos hombres, mientras que ahora subia uno solo.

Bajó sus ojos hácia la gris superficie del agua, y sintió nuevamente una opresion interior. Atravesó la gran sala y bajó apresuradamente la escalera; en el vestíbulo encontró á uno de los extranjeros que habitaba en aquel parador. Los dos se cruzaron rápidamente sin decirse una palabra.

Este encuentro dió nueva direccion á los pensamientos de Itzig. ¿Estaba seguro? Una espesa niebla continuaba cubriendo las calles. Nadie le habia visto entrar en la casa con el abogado; nadie le habia reconocido al salir. Cuando se encontrara á Hippus en el rio, entonces empezarian las averiguaciones. ¿Deberia considerarse libre de todo temor?

El asesino pensaba en todo esto tan tranquilamente como si lo leyera en un libro. En medio de estas reflexiones, se preguntó de pronto por qué no fumaba llevando en el bolsillo la petaca. Entregado por largo rato á esta idea, llegó á su casa.

Abrió la puerta. La última vez que la habia abierto, se hacia en la segunda pieza un ruido espantoso. Se detuvo y aplicó el oido como para asegurarse de que no se oia el mismo estrépito. Queria absolutamente oirlo.

Hacia muy pocos instantes que todavía lo habia oido. ¡Oh! ¿qué no hubiera dado porque estos últimos instantes no hubiesen existido? Sentia de nuevo el oculto dolor, pero cada vez con mayor intensidad.

Entró en el aposento donde alumbraba la lámpara todavía, los pedazos de la botella de ron estaban esparcidos por el suelo al rededor del sofá, el azogue del espejo brillaba en el suelo como si fuera plata.

Veitel, fatigado, se sentó en una silla y miró fijamente los restos de su espejo. Entonces le vino á la memoria, que en su infancia, su madre le habia contado una historia en la cual caian monedas de plata sobre el pavi-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

mento de la mísera habitacion de un hombre pobre.

Recordaba á su madre sentada al hogar y á él mismo á su lado siendo muy niño. El se veia aun mirando al suelo, y aguardando con curiosidad si caerian tambien las monedas á sus piés. Ahora, su aposento estaba como si hubiera caido en él una lluvia de escudos.

Experimentó todavía en parte el trasporte y la inquietud que cuando niño sintió al contarle su madre esta historia, y entregado á este recuerdo, sintió nuevamente la penosa opresion, sin que pudiera decir de qué le provenia.

Se levantó con pesadez, se agachó y recogió los pedazos de vidrio. Metió estos pedazos en el rincon de un armario; en cuanto al marco del espejo, lo descolgó y lo colocó en un rincon del aposento. Luego cogió la lámpara y el vaso que tenia costumbre de llenar de agua para la noche; pero al coger el vaso, se vió acometido de un estremecimiento febril y lo dejó en su sitio, porque aquel que ya no existia habia bebido en él. Colocó la lámpara enfrente de su cama y se desnudó. Ocultó su pantalon en el armario; sacó otro y frotó el extremo con las botas para ensuciarlo, luego apagó la luz; y cuando la mecha brilló todavía una vez antes de extinguirse, le vino á la imaginacion como una cosa indiferente, que el mundo compara la llama de una luz con la vida del hombre.

El habia apagado una luz. Sintió nuevamente el dolor en el pecho, pero débilmente; su fuerza estaba agotada, sus nervios laxos y se durmió. ¡El asesino dormia!

Pero al despertar, ¿de qué le servirán las astucias con que su perturbado espíritu busca, como en un acceso de locura, todas las mas pequeñas imágenes que puede descubrir en medio de las tinieblas, para evitar un solo pensamiento que le oprime y le ahoga?

Al despertar sentirá medio adormecido que le abandona el reposo y que la angustia y la desesperacion penetran en su alma; sentirá entre sueños todavía cuán dulce es el olvido y cuán terrible es el pensamiento de una mala accion; al despertar luchará, pero luchando sentirá el dolor mas fuerte, mas penetrante.

Al fin, obligado á abrir los ojos á la luz, lleno de desesperacion, tendrá delante de sí un presente horrible y un porvenir espantoso.

Procurará ocultar, para no verla mas, la figura del espectro; recopilará todos los motivos laudables para paliar la monstruosidad de su fechoría. Pensará cuán viejo era Hippus, cuán miserable y malvado, y que estaba muy enfermizo; procurará probarse á sí mismo que solo una casualidad ha ocasionado la catástrofe, un movimiento febril de su brazo, cansado por un súbito furor; desgraciada casualidad, que ha impedido que el anciano haya podido sostenerse en pié. Luego le ocurrirá la idea de que podrian muy bien sospechar de él y acusarle.

Una abrasadora angustia colorará su lívido rostro, los pasos de su criado, al subir la escalera, le llenarán de espanto; confundirá el ruido que haga una barra de hierro en el enlosado del patio, con el de las armas de los que la justicia envia para prenderle.

Su imaginacion estará sin cesar trabajando, mientras en su turbacion correrá á lo largo y á lo ancho de su aposento; repasará en su memoria cada uno de los actos de la víspera, recordará cada gesto que haya hecho, cada palabra que haya pronunciado, y procurará probarse á sí mismo que es imposible que por ninguna futil particularidad pueda ser descubierto. Nadie le ha visto, nadie le ha oido, el pobre anciano, casi loco, se ha metido el sombrero hasta los hombros, y él mismo se ha ahogado.

Cien veces intentará de esta manera alejar de su vista la imágen del pobre viejo. No por eso sentirá menos el formidable peso, ni aun cuando al fin, fatigado por la lucha interior, se lance de su habitacion al centro de los negocios y de la actividad, en medio de los hombres, ávido de impresiones que le hagan olvidar lo pasado.

Cualquiera persona que encuentre en la calle le causará tormento; si divisa algun empleado de policía, se meterá en una casa cualquiera para ocultar su espanto á la vista de los que le espian.

En todas partes donde encuentre personas conocidas suyas, procurará desaparecer entre la multitud. Volverá la cabeza á todos lados, tomará parte en todo, hablará y reirá mas que lo que tiene de costumbre; pero sus ojos divagarán con inquietud, y su alma se verá asaltada por el incesante temor de oir hablar de su víctima y de saber lo que piensan las gentes de la súbita muerte del abogado.

Algunas veces, al devolver el saludo á sus conocidos, se le verá excesivamente jovial, y se dirá: «Itzig está de muy buen humor, sin duda ha hecho algun buen negocio.»

Se colgará del brazo de mas de un sugeto al que nunca en otro tiempo habia estrechado la mano; contará á las gentes amenas historias y las acompañará hasta su casa, porque tiene el convencimiento de que no puede quedarse un momento solo.

Irá á los cafés, á las cervecerías para encontrar alguien con quien hablar; se colocará cerca de sus conocidos, beberá y se excitará como los demás; todo esto porque sabe que no puede quedarse solo.

Y cuando por la noche volverá tarde á su casa, rendido, aniquilado por esta horrible lucha, próximo á caer agobiado por la fatiga, se sentirá mas aliviado; habrá conseguido disimular lo que pasa en su interior, encontrará un triste placer en el cansancio y en la apatía, y aguardará que el sueño cierre sus ojos como la única felicidad que le queda en la tierra.

Se dormirá al fin, y al dia siguiente al despertar encontrará desgarrado el tupido velo, y empezará de nuevo la terrible tarea. De este modo pasará un dia y otro, mientras dure su existencia. No vivirá ya mas como viven los demás hombres; su vida será un combate terrible y continuo contra un cadáver, una lucha invisible, pero que absorberá todas las facultades de su inteligencia.

Todo cuanto haga en su comercio y en sus relaciones con los seres vivientes, no será mas que ficcion y mentira. Cuando ria y estreche la mano de alguien, cuando preste al interés y exija un cincuenta por ciento, todo eso no será mas que para engañar á sus semejantes.

Sabrá que está separado de la sociedad de los hombres, que todo cuanto toca, cuanto emprende es vano y despreciable. Una sola cosa habrá que le ocupe, la que combatirá sin cesar, que le hará beber, hablar y buscar la sociedad, y esta cosa, el único pensamiento de su vida, será el cadáver del viejo abogado precipitado al rio.

IV.

Independientemente del gato de yeso entronizado en el bufete de Antonio, hubo tambien otros seres vivientes en la casa que consiguieron un triunfo pacífico. Quien conocia tan bien como la tia la casa de Schrœter y las personas que habitaban en ella, penetraba sin gran trabajo los ocultos pensamientos de ciertas personas que querian hacer creer á los demás lo que tenian mas lejos de la imaginacion.

Los extraños habrian podido mover la cabeza en señal de duda sobre muchas cosas que pasaban entonces en la familia, pero la tia hacia tan poco caso de ellas como los genios protectores de la casa. Lo que debia parecer indudablemente singular, era que Antonio estaba en el escritorio pálido y sombrío, y que fuera de las horas de comer no se le veia con la familia.

Lo que no debia causar menor sorpresa, era que Sabina mostraba ahora una extraordinaria predisposicion á ruborizarse en presencia de su hermano, predisposicion que no tenia antes; permanecia horas enteras ocupada en su labor sin decir una palabra, luego de repente con travieso regocijo corria por todos lados como una gatita que juega con un ovillo de hilo.

En fin, lo que se advertia tambien muy singularmente en el jefe de la casa, era que miraba siempre á Antonio, tanto si hablaba como si callaba, y que de dia en dia M. Schrœter estaba mas placentero, no cesando sin embargo de porfiar con su tia. Todo esto no dejaba de causar gran extrañeza.

Pero la persona que sabia perfectamente hacia muchos años lo que agradaba mas al paladar de la familia y lo que no podia servir á la mesa mas que una vez al mes, la persona que les hacia las calcetas y almidonaba por sí misma los cuellos, como lo hacia la tia para varios de ellos, debia acabar por conocer perfectamente los pensamientos íntimos de la familia. La parienta habia profundizado naturalmente la táctica.

La buena señora se atribuia á ella sola todo el mérito del regreso de Antonio. Habia querido devolver al escritorio el dependiente á quien amaba sobre todos los demás; no habia pensado en otra cosa; y desde los primeros dias hubiera respondido á todo el mundo del regreso de Antonio. Porque á pesar del forro de color de rosa de las fundas de las almohadas, sabia no obstante que la casa de que formaba parte era noble, que tenia voluntad propia, y que requeria ser tratada con mucho miramiento y delicadeza. Y cuando supo que Antonio, que estaba muy triste, no debia permanecer en ella mas que en calidad de huésped, empezó á dudar de sí misma durante algunas semanas. Pero muy pronto recobró su superioridad sobre M. Schrœter y su sobrina, porque no tardó en hacer algunos descubrimientos.

La segunda habitacion de la parte delantera de la casa, estaba deshabitada hacia ya algunos años. M. Schrœter habia habitado en ella con su jóven esposa, viviendo todavía su padre. Habiendo perdido sucesivamente á sus padres, á su mujer y al hijo que esta le habia dado, abandonó el cuarto segundo, y desde aquella aciaga época no habia subido á él sin marcada repugnancia. Unas celosías grises ocultaban las ventanas á la vista durante todo el año; los muebles y los cuadros estaban cubiertos con un paño gris. Todo el piso se asemejaba al castillo de una princesa encantada; sin que ellas lo advirtiesen, las mujeres andaban con mas ligereza cuando tenian que atravesar el vestíbulo de este reino sepultado en el sueño.

Un dia la tia bajaba del desvan. A consecuencia de su incesante guerra con Pix, no le habia quedado libre para tender la ropa mas que un reducido espacio. Pensaba precisamente en aquel momento cuánto cambia al hombre la posicion social, porque Balbus, el sucesor de Pix, en cuyas maneras reservadas habia fundado tan grandes esperanzas, se mostraba en sus nuevas funciones tan dispuesto á las usurpaciones como su predecesor. Encontró nuevamente colocada, fuera de los tres cuartos que Pix habia formado con tabiques en el desvan á pesar de su fuerte oposicion, una gran cantidad de cajones de cigarros. Estaba á punto de declarar la guerra á Balbus con este motivo, cuando de repente y con espanto vió una puerta del piso segundo abierta de par en par. Creyó por un momento que podia haber ladrones, y quiso pedir socorro, pero le ocurrió la sensata idea de examinar primero aquel fenómeno sorprendente. Se deslizó lentamente por las solitarias habitaciones, y casi quedó petrificada de sorpresa cuando vió á su sobrino solo en aquellos aposentos ordinariamente desiertos.

El, que desde el fallecimiento de su esposa no habia entrado jamás en aquel apartamento, se encontraba ahora en el aposento habitado en otro tiempo por la difunta. Con las manos cruzadas, abismado en profundas reflexiones, M. Schrœter estaba allí contemplando un retrato que representaba á su esposa en traje de novia, con vestido de raso blanco y una corona de mirtos en la cabeza. La tia no pudo menos de suspirar por simpatía. El negociante se volvió muy sorprendido por su presencia en aquel sitio.

— Quiero bajar este retrato á mi aposento, dijo enternecido.

— ¿Pero á qué, si tienes ya el otro retrato de María, y la vista de este siempre te ha causado afliccion? exclamó la tia.

— Con la edad se adquiere mas calma, contestó M. Schrœter; por otra parte, con el tiempo se colocará aquí otro.

Los ojos de la tia brillaron como dos carbunclos al preguntar:

— ¿Otro?

— Esto no es mas que una idea, dijo el comerciante procurando eludir la cuestion; y atravesó la hilera de piezas examinándolas con detenimiento.

La parienta iba con arrogancia detrás de él encogiéndose de hombros. Aquellas gentes podian fingir cuanto quisieran. Esto de nada les servia.

La previsora Sabina no podia tampoco sustraerse á su perspicacia.

Antonio habia permanecido silencioso durante la comida al lado de la tia. Cuando retiró la silla para levantarse, esta observó que los ojos de Sabina se fijaban en el pálido rostro de Antonio con apasionada solicitud, y que se le llenaban de lágrimas. Cuando se hubo retirado del aposento, Sabina se levantó tambien y fué á la ventana que daba al patio. La tia se colocó á su lado espiando sus acciones por detrás de la cortina.

Sabina miraba con gran atencion hácia el patio; de pronto se sonrió, y su rostro recobró animacion. La tia se deslizó mas cerca con precaucion y miró tambien al patio, pero no habia en él nada que pudiera llamar la atencion como no fuera Antonio que les daba la espalda y acariciaba á Pluton. Daba al perro algunos bocados de pan, y Pluton ladraba dando saltos de alegría en derredor de él.

— ¡Oh! pensó la parienta, no es Pluton quien la hace llorar y reir en pocos instantes.

Poco tiempo despues, cuando su subrino abrió la puerta del cuarto de las señoras, la parienta vió en la antecámara un hombre cargado con un gran paquete. Su penetrante mirada reconoció al mozo del gran almacen de modas.

El comerciante llamó á su hermana á un cuarto lateral, y la parienta escuchó. Primero habló M. Schrœter, luego Sabina, pero en voz muy baja; finalmente la parienta oyó un ruido que asemejaba mucho á un ahogado sollozo: «¡Qué someras tiene ahora la jóven las lágrimas!» pensó entre sí muy admirada.

Estaba á punto de entrar en el aposento cuando salieron de él los dos hermanos. Sabina estaba colgada del brazo de M. Schrœter, tenia las megillas y los ojos muy encarnados; sin embargo, parecia que era feliz, y estaba muy turbada. Cuando la parienta, despues de una pausa mas larga de lo que exigia la conveniencia, pasó á la antecámara para buscar un objeto cualquiera, encontró el paquete encima de una silla. Puso la mano en él como por casualidad, y como el paquete no estaba atado, se abrió naturalmente, y se presentaron á sus ojos magníficas tapicerías para muebles, y debajo hizo todavía otro descubrimiento mas importante que influyó tan vivamente en sus nervios, que tuvo que sentarse en el acto y derramar tambien algunas lágrimas. Era el traje blanco que la mujer no viste mas que una vez en su vida, en un dia lleno de recogimiento y de alegres esperanzas.

Desde este momento, trató á los que la rodeaban con la regularidad de un ama de casa que perdona á los demás que durante un instante hagan locuras, porque sabe muy bien que la conclusion de todos aquellos misterios será un gran movimiento en su propio dominio, mucha ocupacion en la cocina, un servicio mas esmerado, una gran mortandad de aves y un tremendo ataque á los dulces y frutas confitadas. Volviéndose misteriosa sujetó repentinamente á una revista extraordinaria los pucheros, los barrilitos y las vasijas, y en la comida se sacaban á la mesa con frecuencia por via de ensayo los platos mas escogidos. En semejantes dias, la parienta salia de la cocina con las megillas encendidas, y se mostraba resentida si los guisados no merecian la calificacion de excelentes, á pesar de que no dejara nunca de añadir: «Esto no es mas que un primer ensayo de la cocinera.» Y al mismo tiempo miraba á su sobrino y á Sabina con una expresion de superioridad que parecia decirles: «Lo he adivinado todo;» hasta el punto de que el negociante debia fruncir el ceño y dirigir á su tia una mirada severa.

En el negociante no se observó ya mas su ordinaria severidad. Sabina y Antonio se volvian cada vez mas silenciosos y reservados; pero él, al contrario, cada dia estaba mas alegre. Era ahora mas hablador que lo habia sido en muchos años, y no se cansaba en la mesa de provocar á Antonio á la conversacion. Le obligaba á contar los sucesos en que habia tomado alguna parte, y escuchaba muy atentamente cada palabra que salia de los labios del narrador.

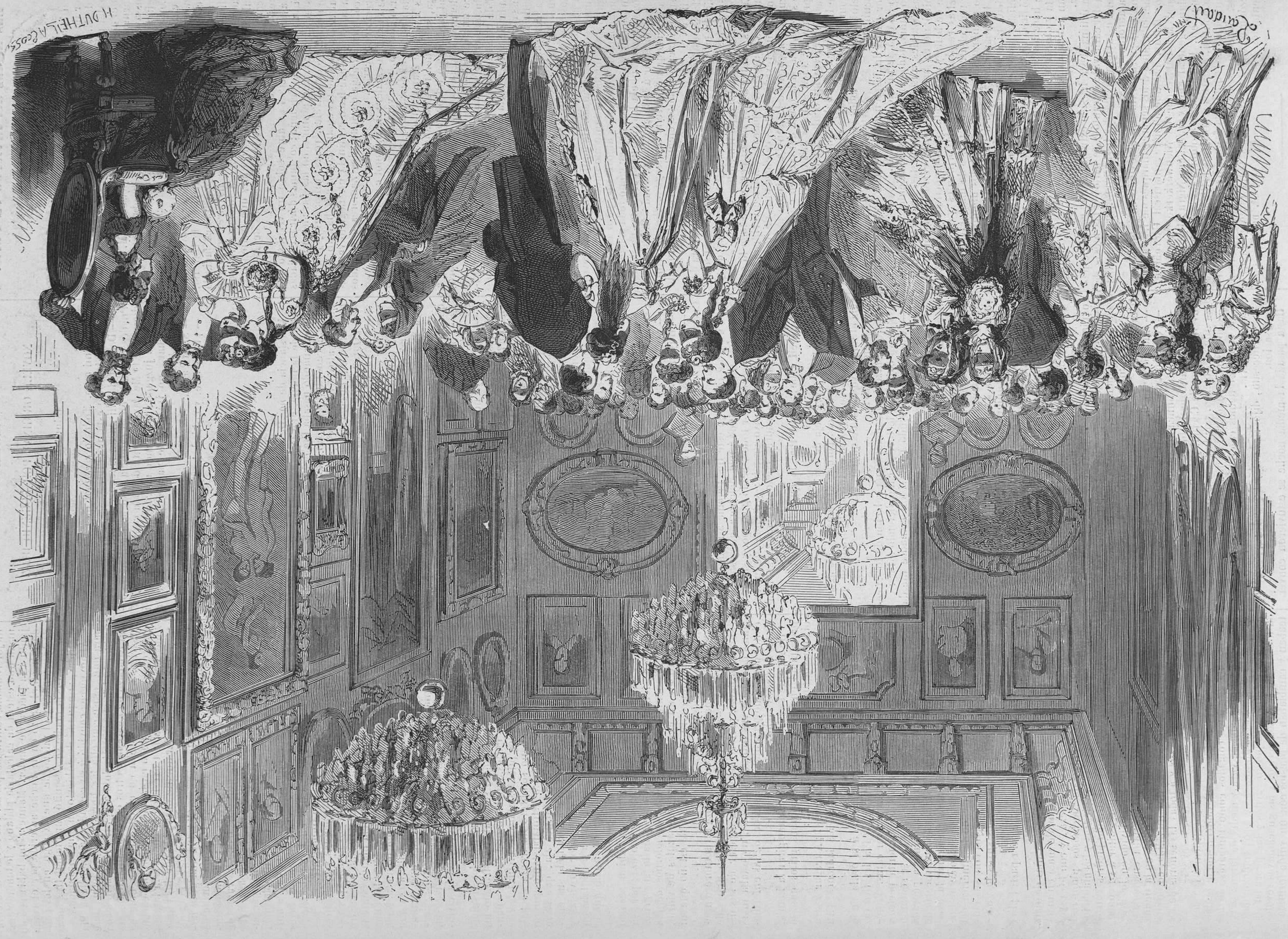
(Se continuará.)

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Academia Imperial de Música. — *Fausto*, acto III, escena IV.

Academia Imperial de Música. — *Fausto*, acto IV, escena IV.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte



Las fiestas del invierno en Paris. — Una reunion en casa de Arsène Houssaye.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Las fiestas del invierno en París.

LOS MÁRTES DE M. ARSENE HOUSSAYE.

En la avenida Friedland, casi enfrente del palacio de color de rosa del duque de Brunswick, se eleva el hotel de M. Arsène Houssaye, un precioso edificio del estilo del renacimiento, donde el arte griego se armoniza con el arte francés, tanto como el siglo de Pericles puede armonizarse con el siglo de Francisco I. M. Arsène Houssaye ha sido el arquitecto de esta obra, que por su originalidad es admirada de todo el mundo.

Con efecto, la fachada del estilo renacimiento, tiene sin embargo un estilo personal; es un renacimiento por intuicion, un renacimiento de un carácter nuevo. Cuando el sol se inclina por detrás del arco de la Estrella, sus rayos hacen resaltar vivamente esa blanca fachada de líneas sencillas y puras, donde hay tres cosas que atraen particularmente la mirada: la *Diana* del fronton esculpida por Clesinger, las Cariátides que sostienen el balcon del piso principal y los amorcillos de los balcones.

La puerta principal se abre sobre un vestíbulo que es á la vez severo y risueño; columnas dóricas estriadas y estuco blanco, con pinturas en las paredes que consisten en floridos laureles, rosas, tulipanes y jacintos ideales. Despues de las cuatro columnas hay un nicho á cada lado, donde hace centinela un negrito veneciano con una bandeja de plata, dos Zamores encargados de recibir las cartas.

Se sube una escalera de mármol con una baranda de hierro labrado, y ya vemos retratos que reciben á los visitantes. En el descansillo hay dos lindas estatuas de Luis XVI y de María Antonieta. Se entra en una salita larga, se encuentra á la izquierda un invernáculo que da al jardin, con un busto de la princesa Matilde, y á la derecha está la galería cuyo aspecto general reproduce nuestra lámina.

Un dia, quizás en interés del arte y para la curiosidad de nuestros lectores, daremos una descripcion detallada de esta galería y de las salas donde M. Arsène Houssaye ha logrado reunir doscientos retratos rarísimos de la Escuela francesa. Hoy debemos hablar á toda prisa del carnaval, puesto que estamos ya en la cuaresma.

Los mártes de Arsène Houssaye, dice M. H. de Pène, han conquistado un capítulo en la historia de las costumbres contemporáneas. Hé aquí por fin algo nuevo y original en el órden bastante monótono de los placeres mundanos; esta novedad es algo osada, pero comedida al mismo tiempo, y así es de ver cómo toda persona de posicion social anhela los convites para estas fiestas.

Para contentar á todo el mundo, añade M. de Pène, seria preciso que M. Arsène Houssaye pudiese imprimir de sus invitaciones tantos ejemplares como imprime de sus libros.

El caso es que los caballeros se presentan á cara descubierta, en tanto que las señoras no pueden enseñar mas que los hombros y los brazos. La careta es de rigor en todos los semblantes femeninos.

En estas reuniones hay baile; pero sobre todo lo que se hace es conversar y pasearse. Allí se verifican encuentros imprevistos entre celebridades de todos los círculos. Por parte de las señoras es como la confusion que se observa en la orilla del lago en un dia de sol y de primavera. Cien señoras aristocráticas y veinte cómicas. La careta las oculta á todas. Las fiestas de Arsène Houssaye son notabilísimas para las curiosas.

Hombres políticos, de letras y de ciencia, gentlemen de club, nobles de todos los barrios, ese es el personal masculino.

Por parte de las señoras se puede sospechar todo, pero no está permitido decir nada.

En suma, todos los hombres de talento, todas las señoras notables asisten á estas fiestas. Las mas van de dominó negro herméticamente cerrado, las otras en traje de baile y con careta. Estas sencillas y sombrías, aquellas resplandecientes de brillantes y de encajes. Hay todo el atractivo de los bailes de máscaras.

No nombraremos á nadie, ni á los dominós, puesto que llevaban careta bien ó mal atada; ni á los diplomáticos, ni á los senadores, ni á los artistas, ni á los novelistas, porque no bastarian las columnas de este periódico. Digamos únicamente que M. Arsène Houssaye hace los honores de su casa con una cortesía absoluta y obsequia á sus convidados con cenas que principian á media noche y no concluyen hasta la madrugada.

La última fiesta ha sido extraordinaria, como despedida del carnaval; se cantó y se bailó, y las mesas de la cena estuvieron ocupadas hasta que apareció la luz de la aurora.

Entre las personas ilustres que vimos en esta última noche, citaremos á los señores marqués de La Valette, Victor Duruy, La Gueronnière, mariscal Canrobert, general Mellinet, conde de Nieuwerkerke, duque de Persigny, general Fleury, caballero Nigra, Djemil-bajá, etc., etc. Los primeros nombres de la diplomacia, de la política, las artes y las letras brillaban en la misma aureola. Era aquello la fraternidad de las desigualdades. No solo estaba allí «todo Paris,» como dicen las crónicas, sino que cada pais tenia tambien sus representantes.

M. DE M.

Manuela,

NOVELA ORIGINAL POR EUGENIO DIAZ.

(Continuacion.)

— Sí, mi amo. Todo lo *creminal* que estaba en una caja lo traje entre esta mochila.

— Desocúpala allí en un rincon y llévate tu mochila. Puedes quedarte en la estancia, con las siguientes condiciones: 1ª Me darás cuenta de toda causa que se inicie en tu juzgado: 2ª Cuando no convenga que vayas á despachar, no irás. Yo te pagaré las multas que te echen. ¿Estás?

— Sí, mi amo.

— ¡Pues vete, y cuidado!

XVI.

EL ASILO DE LA MONTAÑA.

La estancia de *ñor* Dimas estaba hundida en la oscuridad de la noche, que una nube aumentaba terriblemente, cuando pasaba Pia del fogon al aposento con un tizon encendido, y vió un bulto que atravesaba el pequeño patio, sin que el perro que dormia debajo del alar hiciese otra cosa que dar unos gruñidos.

— ¿Quién viene por ahí? dijo Pia.

— Soy yo, que vengo á buscar al amigo Dimas para ver si me compra un buen perro de cacería.

— ¿Y por qué camina Vd. tan tarde?

— Fué que me entretuve un poco allí abajo en la casa de *ñor* Juan Bautista.

— Pues él no está aquí esta noche; pero entre, y si quiere lo espera hasta mañana.

— ¡Dios se lo pague!

— ¿Y quién es usted?

— ¿Conque ya no me conoce? ¿No se acuerda de que bailamos juntos en las fiestas, y de que le regalé una sortijita?

— No hago memoria, porque la sortija que tengo fué mi comadre Manuela la que me la regaló. ¡Pobre mi comadrita, que como eso no hay nada en el mundo! Yo la quiero mas que si fuera mi hermana.

— ¿Y á mí qué tanto me quiere?

— ¡Quién sabe!

Una pequeña llamarada de los tizones alumbró la cara del supuesto comerciante de perros, y apretándolo Pia con sus brazos dió un grito, diciendo:

— ¡Mi comadre Manuela!

— ¡Comadre Pia! contestó Manuela, porque ella era, y se quedaron abrazadas por un instante.

— ¿Qué es esto, comadre?

— Huyendo vestida de hombre para no ser conocida.

— ¡Y que me engañó completamente! ¿Qué ha sido? Cuénteme, comadre; pero entre y siéntese; múdese con mi ropa si quiere.

— Yo traje ropita en este lio. Déjeme así, comadre.

Entró Manuela, saludó á *ñuá* Melchora, que estaba en la cama, preguntó por todos, bebió guarapo, y se fué á sentar debajo del papayo grande; y despues de encender tabaco ambas comadres, comenzó Manuela su relacion.

— Usted sabe, dijo á Pia, lo que el tirano me persigue.

— ¿Todavía no se deja de eso?

— Ni se dejará nunca, porque despues de los agasajos y ofertas se ha seguido el terror, figurándose que por el miedo yo lo he de querer.

— ¡Viejo pícaro!

Manuela hizo á su comadre una relacion de los sucesos que ya conoce el lector, y acabó diciendo á Pia:

— Ahora me he venido á ver si mi comadre me da asilo aquí en su montaña.

— De mil amores, comadrita de mi corazon. En esta montaña no la coge nadie, y por lo que es la manutencion no nos faltará carne, mazorcas, plátanos, guarapo y ají. Lo que me admira es que una persona de buena vida como Vd. tenga que estar escondida y que dejar la casa y la familia.

— ¿Pero qué quiere, comadre, cuando toda la parroquia está al arbitrio de un gamonal, por falta de leyes y de gobierno? ¡Y á esto lo llaman libertad, y progreso y civilizacion! Si Vd. oyera á don Demóstenes... da gusto oirlo hablar de las garantías y los derechos.

— ¿Y él no hará por Vd. alguna cosa?

— Me ha ofrecido que él acusará al Rodin de la parroquia, como llama al viejo Tadeo.

— ¡Es tan bueno el cachaco! Aquí suele venir de paso para la montaña, y me divierte con sus *conversas*. ¿Y dígame, comadre Manuela, Vd. ha sabido de Dámaso?

— Esta noche lo vi.

— ¡Qué fortuna, comadre!

— Y ojalá que nunca lo hubiera visto, porque despues de separarse de mí lo sorprendí, por mi desgracia, conversando con la Cecilia, y nadie me quita de la cabeza que se quieren, por lo poco que yo oí.

— No lo crea, comadre; es que lo blanco nos parece negro cuando tenemos celos. Ya verá como no dilata en venir á verla.

— No necesito, dijo Manuela, llorando; y varió la conversacion.

Hasta pasada la media noche se estuvieron conversando las dos comadres á la sombra del papayo, y de allí pasaron á procurarse el alivio del sueño, que es el mejor remedio contra las penas. Pia le sacó á la enramada una estera de calceta de plátano y le tendió cama junto á la piedra de moler. Manuela no habia podido dormir en el zarzo en la noche anterior por el ruido de los ratones y el miedo de que la cogiesen los policías, y en esta noche se desquitó durmiendo tres horas seguidas, aunque al descubierto en una enramada.

Al amanecer convidó á su comadre la guardiana Pia para que pasase con ella las horas en que habia que cuidar la labranza, y dándole á llevar una mochila con un calabazo de guarapo y otros enseres sumamente necesarios, y montando ella en el cuadril á su niño de cuatro meses, y llevando en la mano un tizon encendido, emprendieron la travesía de la choza á la labranza por una senda enteramente obstruida por las ramas y los bejucos.

Así que llegaron á la roza prendió Pia una gran hoguera, cuyo humo al lado de la garita ó plataforma de palos daba una vista triste pero solemne; acomodó luego á su hijito en una cuna que colgaba de las ramas de un guamo florido, como los nidos de las guapas que se mecen al arbitrio de los vientos de la montaña, y se subió con una *cantada* de piedras á la garita. Manuela tambien subió, y juntas esperaban el ataque de los animales, que debia comenzar con los primeros rayos del sol, calladas y con los ojos fijos en las orillas de la labranza. Era triste el cuadro si no imponente.

Los botundos y nogales mas estupendos y los bejucos y ramazones rodeaban el teatro; las dos jóvenes permanecieron en silencio sobre una plataforma de cuatro varas de altura, mientras que se mecia blandamente la cuna de la inocente criatura; mas allá se levantaba una columna de humo sutil que salia de una hoguera. Nada mas parecido al estado primitivo de la naturaleza que este agreste cuadro; mas las dos personas que figuraban en él tenian el corazon deshecho en lágrimas, derramadas por los sufrimientos que en otras partes son resultado del gran refinamiento del lujo y de la civilizacion.

Nuestras dos heroinas estaban sufriendo los resultados de los grandes crímenes, sin haber disfrutado los goces de los pueblos cultos, que es lo que sucede cuando se desmoraliza á los pueblos antes de civilizarlos.

Pia llevaba un pequeño sombrero de trenza de palma, hecho por su madre, y lo estimaba tanto que lo usaba á pesar de faltarle un retazo del ala, que se le habia quemado por soplar la candela con él; sus enaguas de fula le quedaban muy cortas por lo viejas y y maltratadas; su camisa de bogotana no se hallaba en mejor estado; pero la cubria el gran pañuelo que le bajaba desde los hombros.

Las lindas facciones de la guardiana habian perdido su brillo por estar criando y por la pobreza; pero su habla era siempre dulce y sonora, y hasta sus gritos eran sumamente apacibles. Todos los adornos de Pia consistian en un cintillo de cuentas azules de vidrio, una sortija de cobre y unos zarcillos de estaño que ni aun eran iguales.

Manuela habia tomado en la choza un sombrero nuevo de palma y estaba de enaguas de pancho fino y de camisa bordada; pero su semblante á pesar de sus últimos desvelos y sus últimas lágrimas, no estaba marchito, porque no presentaba las señales de las enfermedades ni de los vicios.

De repente se levantó Pia, y haciendo girar la honda, prorumpió en estas palabras con unos gritos que se oian hasta media legua de distancia:

— ¡Ah condenados de los infiernos! ¡A tragar á otra parte, que aquí no se siembra para los ladrones! ¡Ah cochinos de los diablos!

Eran los micos que habian asomado á la orilla de la roza en número de veinte ó treinta, y Pia les tiró varios hondazos, con lo cual les hizo volver caras. Vinieron en seguida algunos cuarenta ó cincuenta pericos, que son de la familia de los papagayos, y se sentaron en la mitad de la roza, pero con la primera pedrada tuvieron para volver á volar levantando una vocería de lo mas espantoso, muy propia para confirmar la asercion de Humboldt cuando dice, que el ruido de los torrentes es ahogado en algunas parte de la América del Sur por el ruido que hacen los papagayos con sus chillidos. A todos estos gritos agregaba los suyos la guardiana, diciendo:

— ¡*Urria*, condenados! ¡Largo para otra parte! ¡Urria, demonios!

Las ardillas habian logrado invadir las cañas de maiz y asustadas con las pedradas, saltaban de mata en mata con el rabo extendido sobre la cabeza, y con los rayos del sol parecian adornadas de hermosos plumeros. Pronto estuvieron sobre ellas las piedras y las maldiciones, entrando Manuela en la lid tirando piedras con la mano y diciendo palabras feas por imitar á su comadre; porque Manuela, que no habia vivido en los trapiches ni habia sido guardiana, no estaba enseñada á decir insolencias, sino cuando mas á oirlas en la tienda por precision, y á hacerse la desentendida, como les sucede á todas las venteras y á todas las señoras de los trapiches.

Las guapas tambien acudieron á mortificar á Pia descendiendo de un botundo muy elevado en donde tenian una docena de nidos colgados como lámparas, de los cuales ninguno bajaba de vara y media de largo; pero pronto desplegaron sus plumajes de oro, replegándose á su colonia, aterradas por los gritos y las pedradas de la inexorable Pia. Los pericos y las guacamayas revoloteaban y cambiaban de puestos con un ruido formida-

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

ble, y las voces de las dos guardianas y el llanto del chiquillo de la cuna, formaban en la roza un estruendo que es imposible comprender sin haberlo oido. Pia representaba en su garita el papel de un presidente de la Nueva Granada, y los animales hambrientos de todas pintas y clases representaban lo que se llama el partido de la oposicion, solo con la diferencia que aun cuando le comian á Pia algunas mazorcas, no la podian derribar.

Ya habia calmado un poco el combate cuando dirigió Pia la vista á un ocobo seco por los ardores de la última quema, el cual estaba cubierto, en vez de las hojas que habia perdido, por la bandada de guacamayas, que reverberaban con sus colores vistosos, á tiempo que se ocupaban del aseo de sus plumajes, usando para ello de sus encorvados picos. Pia puso la piedra en la honda, se paró muy derecha poniendo el pié izquierdo en la última vara de la orilla de la garita, disparó la honda con el brazo derecho, y partió la piedra zumbando por los aires como una bala de rifle, y dando contra un cascaron casi despegado del ocobo, sonó de una manera espantosa. En el acto se levantaron todas las guacamayas muy asustadas llenando el aire de colores vistosos: Pia las seguia con sus maldiciones.

Las guacamayas se levantaron en órden, de dos en dos, como lo tienen de costumbre. Dieron unas vueltas sobre la roza, y aterradas por los gritos de las guardianas, se dirigieron sin perder la formacion á la roza de Juan Bautista, que estaba á media legua de distancia; pero encontrando sobre las armas al guardian, que era un esforzado moceton, se encumbraron un poco mas, y emprendieron la marcha directa por el valle abajo gritando sin cesar *¡guaaa, guaaa, guaaa*! en busca de otros bosques y de otras sementeras menos defendidas que la roza de *ñor* Juan Bautista, ó de bosques despoblados, así como parten de los puertos del Viejo Mundo los buques de los emigrados ó de los conquistadores, en busca de tierras mal cultivadas y peor defendidas por sus aborígenes mas ó menos desidiosos.

Ya se habian perdido de vista las guacamayas, cuando reparó Pia en unos tres micos que se habian quedado emboscados entre las ramas de un cedro de los mas encumbrados de la orilla de la labranza. Uno de ellos se entretenia en dar golpes á una mazorca contra el gajo del palo, en el cual estaba muellemente sentado; otro en descascarar su presa, y otro en atisbar todos los movimientos de la guardiana. Pia los asustó con un hondazo y con sus gritos acostumbrados, y entonces se fueron caminando por los gajos de los suscas y nogales, encumbrándose cada vez mas, pero sin aflojar de sus manos las mazorcas que habian adquirido á pesar de las malas razones de Pia y de sus balas perdidas.

Luego que la roza estuvo tranquila, se encargó Manuela de asar unas mazorcas y unos plátanos para el almuerzo, mientras su compañera cogia hoja de maiz, para un caballito que tenia su padrastro, tal vez aislado por causa de las persecuciones de la justicia, y sacaba al sol un poco de quina tuna que habia bajado de la montaña fria; mas no hizo esto sino despues que le dió de mamar al niño, y le llevó agua y leña á su madre, que no podia salir de la choza.

El almuerzo de las guardianas fué una guacharaca que habia cogido Pia en una de sus jaulas, plátanos, mazorcas y guarapo, sin omitir el ají, que es la mostaza de los pobres.

Despues del almuerzo fué convidada Manuela por su comadre á dar un paseo por todas las trampas, y á pocos pasos encontraron un mico que habiendo metido la mano en un calabazo para sacar el maiz que contenia, se quedó preso por no querer soltar los granos. Es de advertirse que el calabazo estaba bien asegurado con unas estacas. Pia cogió un palo grueso en el momento que lo vió, y se lo dirigió pronunciando esta sentencia:

—¡Ahora mismo te mato, demonio de ladron!

—¿Qué es lo que va á hacer, comadre? le dijo Manuela al verla llena de rabia.

—A matar este demonio.

—¿Y no le da lástima? Vea que don Demóstenes me ha dicho que es malo matar á estos animales que se parecen á nosotros.

—A él será que se parecen. ¿Y todo lo que me hacen rabiar á mí y todo lo que se roban?

—Pero no le mate, por el amor de Dios, que una golondrina no hace verano.

—¿Y qué quiere que haga con él? ¿Qué hace usted con una pulga que coge en los dedos ó un raton que coge en la trampa? Y que si yo mato á este condenado, y lo pongo colgado de una pata en el lugar por donde entra toda la manada, Vd. verá como se destierran.

—Amárrelo en la casa hasta que se amanse.

—Entonces come mas de lo que come ahora, y como es viejo, dificulto que se amanse. Mírelo cómo no afloja la mano, aunque le pego en el codo.

—Se querrá volver rico; ¡pobre! no lo mate.

Pia cedió á los ruegos de su comadre, le cortó las orejas y lo soltó, diciéndole á la defensora:

—Verá cómo viene mañana con todos los otros ladrones; pero, en fin, mi comadre merece ser atendida.

Mas adelante hallaron dos corcovados en una jaula. Estos son unas aves que parecen pollos finos de gallina, cantan en los veranos á duo, articulando al parecer la palabra *corcovado*; en otra encontraron un paujil, de manera que se vieron con un acopio de mas de ocho libras de carne para la casa.

Vueltas á la garita las dos comadres, se metieron debajo del guamo; Manuela desplegó su costura que habia llevado en una petaca, y sacudiendo un pañuelo que estaba dobladillando, lo aseguró por un costado debajo de la pierna, por falta de un alfiler. Pia descolgó unos cadejos de fique, y se puso á torcer hilo de lazos en la planta del pié izquierdo que levantó sobre la rodilla, dejándolo puesto en la forma de un lavadero. Estos hilos que torcia Pia se doblan y se retuercen, formando una cuerda gruesa que se llama lazo, siendo un género de mucho consumo en la Nueva Granada. Las fibras del fique se sacan de unas hojas largas de cierta planta del género *cactus*.

—¡Ay! exclamó Manuela, despues de un rato de silencio: ¡no hay en toda la parroquia una mujer mas desdichada que yo!

—¿Y yo, comadre? repuso Pia.

—Usted habrá padecido por boba, ó quién sabe por qué; pero yo...

—Pues en eso de boba hay su mas y su menos, respondió Pia; así es como se condena á la gente, sin estar en autos. Yo pongo á la mujer mas sostenida y mas juiciosa en un trapiche, á la edad en que me pusieron á mí; y si sale con bien, mire, comadre, me dejo cortar el pescuezo. Era menester que Vd. supiera las tentaciones, las necesidades y persecuciones de un trapiche; sin arrimo de padres, ni parientes, sin respeto de patrones, ni señoras, ni de nadie; y sin oir hablar mas que insolencias á cada momento.

—Comadre, perdóneme si la he ofendido; pero cuénteme su historia, porque yo nada sé de lo que pasó en el trapiche.

—Es verdad que Vd. me sacó mi chinito de pila, pero no supo cómo fué que vino al mundo esa criatura de mi Dios. Pues fué de este modo: el mayordomo habia dado en venir á este rancho á llamarme para que fuera al trabajo del trapiche, y á mi mama la amenazaba con que iba á echarla de la estancia porque no le mandaba peon. ¿Yo qué iba á hacer? Por no ver afligida á mi señora madre, me animé un lúnes y, echando unos plátanos en la mochila, me puse en camino. Entonces tenia catorce años y medio, estaba robusta y contenta, sin pensar mas que en dormir, comer y chancearme con las amigas; con Vd. pasaba yo ratos muy buenos cuando mi mama me mandaba á la parroquia, á oir misa ó á los mandados.

Así que llegué á la ramada me pusieron de bagacera: el dia no lo pasé tan mal; pero la noche ¡ave María! que todo fué sustos, hambre y tristeza, de tal manera que estuve al huirme, porque caí como privada de sueño y de cansancio á las diez, que serian cuando paró la molienda, y gracias á que habia mucho bagazo regado, que esa fué mi cama en la mitad de la ramada. Cuando me desperté tuve miedo, oyendo los ronquidos de los peones, los aleteos de las lechuzas y el ruido que hacian los ratones en el enmaderado; me acordé de mi madre y eché á llorar; pero volví á quedarme dormida.

El mártes me despertó el capitan con el cabo de la zurriaga para que fuera á coger caña, y me entregó una mula rucia que se llamaba la Perla. Era mordelona, zonca y deslomadora como ninguna otra, y mas astuta que el viejo Tadeo para abrir las puertas y esconderse en los barzales, ó tirar de largo y meterse en los potreros ajenos; era tuerta, le faltaba media oreja y las costillas las tenia llenas de turupes y mataduras. Le emparejé las desigualdades lo mejor que pude, echándole montones de calceta de plátano en las costillas, le puse los lomillos y sus atravesaños, y le eché el sudadero, la garra con las cuatro angarillas, la cincha y el arretranco de rejo tieso; y me fuí para el corte con todos los cargueros antes de amanecer. Eché la caña sobre las angarillas y apreté con el garrote lo que me pareció que era justo; pero á pocos pasos se deslomó la Perla, y me echó la carga al suelo, tuve que volverla á cargar, y la buena alhaja tuvo la malicia de volver á tumbar de nuevo la carga; para esto que habia llovido y el camino estaba embarrado, yo sudaba y ya no podia de fatiga.

El dia se me pasó en cargar y lidiar y pasar afanes: á todo esto el capitan no me queria, porque no le decia *mi amo*, y no cesaba de amenazarme con la zurriaga; por fin se llegó la noche, caí, despues de soltar la mula, como cuerpo muerto entre una pila de bagazo.

Yo no habia comido ese dia, porque la comida no era sino el pedazo de tasajo, el agua, el plátano y nada mas; vi que no lavaban los platos aunque comieran en ellos los perros; á media noche me desperté muerta de hambre, me fuí al cárcamo de la hornilla á asar un plátano para cenar, y encontré mas gente asando plátanos y bebiendo guarapo. Así que puse mi plátano en la puerta de la hornilla, me senté á un lado; llegó uno de los peones de la carguería y tocándome la cara, me dijo:

—¿Negra, te amañas en el trapiche?

—Como en el purgatorio, le contesté, volviendo la cara hácia el otro lado para no mirarlo.

—No seas tan brava y verás cómo no falta quien te ayude á cargar la Perla.

—No necesito, dije yo encogiéndome de hombros.

—Ninguno puede decir: de esta agua no beberé.

—A palabras necias oidos sordos, dije yo entonces; y no volví á mirar ni á chistar palabra.

Despues de comer el plátano me volví á mi nido; al amanecer me hizo levantar el capitan rebulléndome con el palo de la zurriaga, para que enjalmara la Perla. Queria llover y la noche se habia puesto tan oscura como boca de lobo. Busqué por todo el corral la maldita Perla, pero fué como si la tierra se la hubiera comido; se lo avisé al capitan, que era un negro de lo mas riguroso, que parecia muy amigo de la esclavitud, porque á todos los queria tratar como esclavos, y me dijo mostrándome el rejo de la zurriaga:

—Hoy es cuando se los chupa esta filimisca, si la Perla no parece.

—¡Pero qué hago, si se salió por entre las talanqueras, y cómo está la noche de oscura para irla á buscar, y cómo hay de culebras y de espantos en todos esos rastrojos!

—Lo dicho, dicho, me contestó el negro capitan, y yo me senté á llorar en el caminito que iba para el barzal, con el cabezal en la mano.

Uno de los cargueros me dijo, acercándose á mí con mucho cariño:

—No se aflija, niña Pia. Entre los peones hay uno que le conoce las marrullas y las guaridas á esa mula de Satanás.

—¿Quién será? le dije yo llena de gusto.

—Yo, me dijo él.

—Estoy pronta á pagar el real del dia y la racion de carne porque me saquen de apuros.

—Yo no le intereso á Vd. plata ni carne, sino que no sea tan brava conmigo.

(*Se continuará.*)

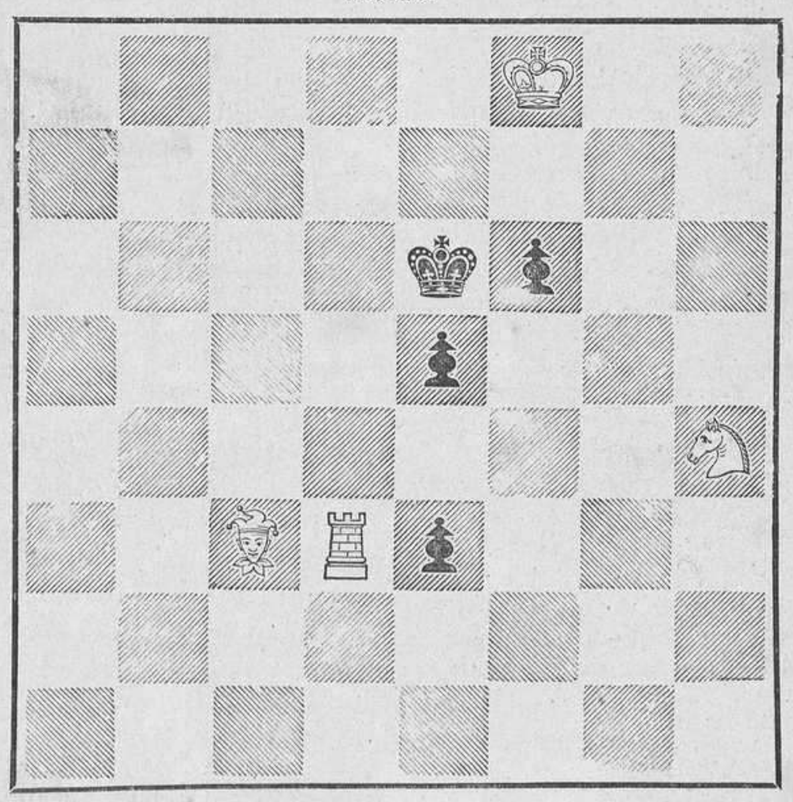
Problemas de ajedrez.

Solucion del número 282.

1	A 3ª CR	A toma A
2	P 5ª R	Cualquiera
3	Rª 2ª ó 6ª Rª ó 3ª R ó 6ª AR	jaque-mate.

PROBLEMA NÚMERO 283, POR M. S. PAVITT.

NEGRAS.



BLANCAS.

Las blancas dan jaque-mate en cinco jugadas.

Los Editores-Propietarios responsables

X. DE LASSALLE Y MELAN.

Paris. — Tipografia de A. Marc, 22, rue de Verneuil

El *Journal Officiel*

EN EL CUERPO LEGISLATIVO.

Hay muchos géneros de elocuencia. Nada es mas variable ni mas individual; nada ofrece mas profundamente el sello personal; y sin embargo de esta aparente diversidad, todos esos tipos de elocuencia pueden resumirse en dos ó tres, dos principalmente, á saber: la elocuencia del púlpito y la de la tribuna.

La academia y la cátedra son correctas y majestuosas; la tribuna y el foro, menos solemnes, entran en la pelea con energía y con ardor, y deben sufrir todos los azares del combate: la lentitud y la calma les están prohibidas, así como la correccion.

Nunca el foro y la tribuna han poseido orador cuya palabra copiada al vuelo por la taquigrafía, haya podido soportar la impresion sin correcciones. Seguramente, J. Favre, Thiers, Rouher, son grandes oradores, y no obstante, todos sus discursos exigen un trabajo de revision sin el cual su lectura rara vez seria soportable.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte

Cuantas veces M. Thiers pronuncia un discurso importante, se instala en la imprenta del *Journal Officiel*, y pasa allí la mayor parte de la noche. La semana última comenzó á corregir sus pruebas á las seis de la tarde y no concluyó hasta las cinco de la madrugada.

Nada mas natural: la improvisacion tiene sus privilegios, y no sin dificultad se puede imprimir correctamente en una noche la materia de un tomo, y de un tomo atestado de cifras, cuando el *manuscrito* no existe.

Por esta razon se ha instalado la *Imprenta del Cuerpo legislativo*, en el mismo edificio donde se celebran las sesiones.

El año pasado hemos explicado en este periódico cómo se hacen los extractos oficiales, el *íntegro* y el *analítico*.

El primero lo hacen los taquígrafos: diez taquígrafos ambulantes se relevan de dos en dos minutos (cada minuto da unas veinte líneas), y luego llegan los taquígrafos revisores que juntan y cosen estos fragmentos, los cuales comienzan y acaban á veces en medio de una frase; esta tarea no deja de ser delicada. El taquígrafo revisor debe hacer sobre estas frases, á menudo incompletas, todo un trabajo ortopédico que suele ser bastante difícil. El jefe de servicio da la última mano. Por fin viene el orador que, sin tocar al pensamiento emitido, á la idea, al argumento, arregla su discurso, le desembaraza de las repeticiones, lima las frases de efecto, restablece los períodos mal cortados, comprueba las cifras y llena los vacíos de las omisiones. Pocos oradores dejan de hacer este trabajo, y entre estos pocos se contaba Berryer y se cuenta Jules Favre.

El extracto *analítico* mas corto, y por consiguiente mas rápido, que se entrega obligatoriamente á los periódicos antes de las doce de la noche, pasa rara vez por mano de los oradores. Sin embargo, hay algunos que quieren verle, como v. g. M. Emile Ollivier.

Cuando el *Moniteur* vino á ser el *Journal Officiel* se presentó una dificultad. El nuevo órgano del gobierno no estaba aun suficientemente instalado para ofrecer á los oradores que pasaban mucho tiempo en las correcciones la hospitalidad que el primero les acordaba. De aquí nació la idea de instalar una imprenta en el mismo edificio del Cuerpo legislativo.

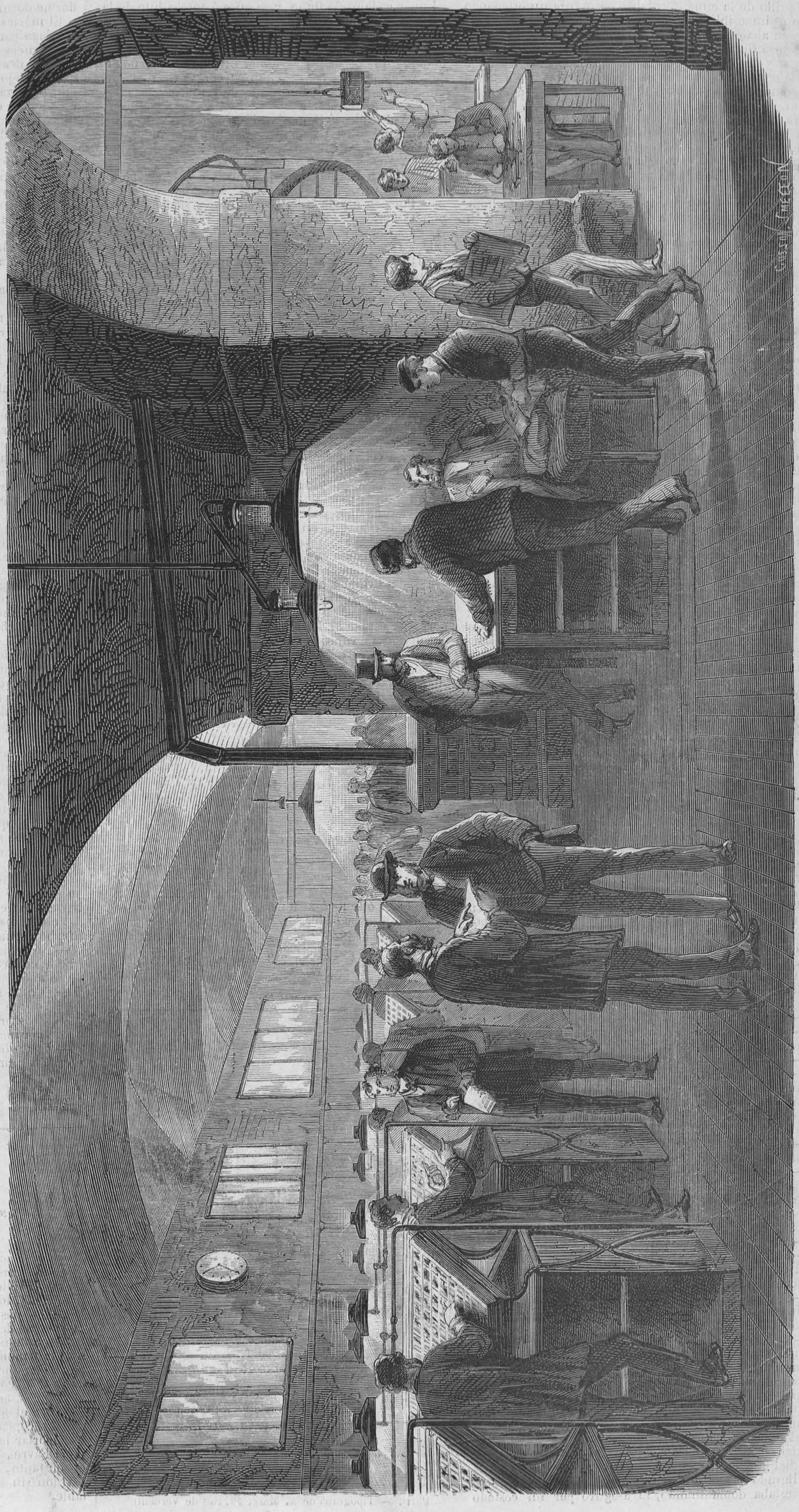
Debajo del gran salon de la Biblioteca se extendia un largo y ancho corredor abovedado que comunicaba por una escalera de servicio con la Biblioteca y el Salon de Conferencias. Hácia la mitad este corredor tenia una puerta que daba á cielo abierto, y por el lado de la calle era la entrada de las oficinas de telégrafos y correos.

Aquí han instalado la imprenta del *Journal Officiel*. Cortaron en dos el corredor y pusieron las cajas. Nada de particular tenemos que señalar aquí. Una garrucha que hay en el fondo tiene dos cajas de cobre que se hacen contrapeso, y por ella suben y bajan las pruebas. Los diputados están como en su casa. En el Salon del Trono los taquígrafos revisores, y á su lado la mesa de los secretarios redactores. El *original* que llega á la imprenta se corta en trozos pequeños y se compone rápidamente. Una prensa de mano da las pruebas, y este movimiento continúa hasta que está hecha la correccion definitiva.

La rapidez es la condicion esencial del servicio. Para que los oradores no tengan que salir de la Cámara, hay un restaurant donde se sirven comidas. Los taquígrafos revisores, que á veces tienen que trabajar hasta el dia siguiente, cenan allí, y su mesa se pone todas las noches en el gran vestíbulo de la Biblioteca, enfrente del *Mazeppa* de Vernet.

Concluido el trabajo, llevan las *formas* ajustadas á la imprenta del muelle Voltaire, donde se hace la tirada.

J. DE V.



PARIS. — La imprenta del Cuerpo legislativo.

Ministerio de Educación, Cultura y Deporte